

Selección RNR

LADY SMARTPHONE

Isabel Jenner

TECLÉAME "TE QUIERO"
LIBRO 3



Romance Histórico

Lady Smartphone

Libro III de Tecléame «Te quiero»

Isabel Jenner



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para mi tía Marisa.

*Porque he tenido la inmensa suerte de tener dos madres.
Si no me hubieras dejado saquear tu colección de novelas románticas,
no habría podido descubrir este maravilloso mundo.*

Te quiero.

INTRODUCCIÓN

¿Tienes curiosidad por saber cómo surgió esta novela?

Si es así, te pido que imagines que estás leyendo un libro acerca de épocas pasadas y que hay un móvil a tu lado que no deja de vibrar. Ahora, deberás sujetar el libro con una mano y estirar la otra hasta alcanzar el teléfono; tú corazón y atención divididos entre no perder el hilo de la historia que te ha cautivado y la curiosidad por revisar todas las notificaciones que aparecen en la pantalla.

¿Te ha pasado alguna vez?

Bien, entonces observa los dos objetos que sostienes entre tus dedos y pregúntate: «¿Qué ocurriría si...?»

Así es como comienzan la mayoría de las aventuras antes de ser escritas.

Así fue como surgió esta novela...

¿Qué ocurriría si en un libro de romance histórico los personajes tuvieran a su disposición *smartphones*, Internet y todas las nuevas tecnologías de las que disfrutamos en la actualidad, pero sin perder su forma de hablar o de comportarse? ¿Sin perder su esencia?

Lo que podría suceder se encuentra en las próximas páginas, y sus protagonistas están impacientes por arrancarte una sonrisa... ¿Me acompañas?

CAPÍTULO 1

En un Londres del siglo XIX...

Lady Florence «Flossie» Easter, hija del marqués de Wessex, se despertó a causa del sobresalto que le produjo un zumbido molesto y repetitivo procedente de la parte derecha de su enorme cama con dosel. No sabía qué hora era, pero estaba segura de que aún era demasiado pronto para despertarse. ¡Había regresado sobre las cuatro de la madrugada de la fiesta de lord Middletown! El sol invernal que se atisbaba tras los ventanales debería brillar más alto en el cielo. Con un gruñido, se apartó los cabellos cobrizos del rostro y estiró el brazo para agarrar el fastidioso objeto que la había sacado de su muy necesitado descanso. Presionó el botón inferior para desbloquearlo y el brillo de la pantalla la deslumbró por unos momentos. Adormilada, con los ojos avellana a medio abrir y la boca a medio cerrar, Flossie esperó a que las letras e imágenes se volvieran más nítidas antes de deslizar el dedo sobre el cristal templado.

Sus párpados se alzaron de golpe y ahogó un gemido.

—¡La muy víbora! ¡No debería haber confiado en ella!

Se recostó mejor en las almohadas y siguió desplazando el pulgar hacia arriba, con la esperanza de que su vista le hubiera jugado una mala pasada. Pero no tuvo suerte. En un álbum compartido de Facebook, cuyo nombre era «Los Middletown saben dar una fiesta», y mezcladas con otras capturas del evento, se encontraban las fotos que se había hecho con lady Stella Penbrooke.

Inspiró hondo y volvió al principio para verlas una a una.

La primera era una inofensiva imagen de grupo de los invitados, con los anfitriones, los condes de Middletown, justo en el medio. Flossie se encontró a sí misma junto a sus padres y unos amigos en la esquina superior izquierda. Se ayudó del dedo índice y el corazón para hacer *zoom* a los rostros. Todos sonreían a la cámara vestidos con sus mejores galas, y el contraste entre las levitas negras de los caballeros y las alegres muselinas y tafetanes de las damas en ricos tonos rosas, verdes y azules formaba un bonito juego de colores. Flossie leyó los *hashtags* por encima, sin prestar mucha atención: **#EmpiezaLaTemporada** **#DamasSinFiltros** **#VolveréLadyMiddletown.**

Soltó un resoplido ante este último. Era muy típico de Stella mostrarse tan pagada de sí misma. La única excusa que tenía Flossie, que justificara el haber pasado tanto tiempo con ella la noche anterior, era que su mejor amiga, lady Mary Bale, no había podido acudir por encontrarse indispuesta. En el audio de Whatsapp que le había enviado su voz sonaba bastante tomada.

Siguió pasando fotos de varios de los bailes en los que habían participado con unos *hashtags* cada vez más escandalosos: **#ElValeParaSolteras** **#LasCuadrillasParaCasadas** **#ConUnDuqueBailoTresVeces** **#MiCinturaEstáMásArriba.**

Flossie sintió que las mejillas se le encendían, aunque ella también había experimentado en primera persona el toque de unas manos errantes que se despistaban hasta alcanzar su trasero en alguna que otra velada.

Tragó con dificultad al ver el primer *selfie* que se habían hecho en el tocador de señoras a petición de Stella. Era bastante inocente, las dos juntas y sonriendo al enorme espejo de cuerpo entero enmarcado con hojas de parra y regordetes angelitos de oro pulido. Sus cabezas, la rubia de Stella y la suya, de un llamativo tono cobrizo, estaban pegadas, sin que a sus dueñas pareciera importarles demasiado el deshacer los complicados peinados que

sus doncellas habían tardado horas en elaborar. Y sus posturas, en apariencia relajadas, tenían el ángulo clave para mostrar sus mejores atributos. El vestido azul cielo de Stella realzaba sus ojos, cuyos iris eran de un color parecido, y el aguamarina de Flossie hacía maravillas con su piel, a la que solo le habían añadido un pequeño efecto con una nueva *app* para suavizar sus pecas que Stella en su teléfono.

El segundo *selfie* era el peor.

Venía después de las fotos de la cena (**#SeisPlatos #FoodOfTheTon #MeVaAEstallarElCorsé**), y de la mesa de refrigerios (**#DeliciososPastelitos #MásPonchePorFavor**).

En la desafortunada imagen, Flossie se había bajado el corpiño bordado con delicadas flores hasta dejar expuestos sus pechos mucho más allá de lo que recomendaban la decencia y el buen juicio, y se había inclinado un poco hacia delante; por si eso fuera poco, también se había dejado guiar por Stella en la expresión de su rostro y, bueno, no solo estaba guiñando un ojo con total descaro, sino que sus labios estaban, estaban... arrugados, fruncidos en un absurdo intento de besito. Flossie se estremeció. Lo más terrible de todo era que la muy sinvergüenza de Stella se había recortado dejando única y exclusivamente a Flossie en un primer plano. Todos los *hashtags* eran para ella: **#YoNoMeQuedoSoltera #UnBuenPartido #MeVoyAGretnaGreen #EsteAñoSíMeCaso #NoMásTemporadas**.

Con un sollozo de rabia, hizo un patético intento de arreglar ese duro golpe a su reputación, que había recibido por ser tan estúpida como para creer a Stella cuando le aseguró que haría una selección de fotos y censuraría las más comprometidas antes de subirlas a Facebook y etiquetarla. Flossie denunciaría las imágenes para que fueran eliminadas y luego iría a casa de Stella. Se iba a enterar, se iba a... Con otro sollozo, esta vez de derrota, comprobó todos los «Me gusta» que tenía su *selfie*. Sumaban setenta y ocho en total en menos de una hora. Y las veces que había sido compartida, treinta y cinco.

Era una batalla inútil y perdida.

A esas alturas, medio Londres estaría en poder de su vergonzosa foto.

CAPÍTULO 2

Flossie entró en el comedor donde cada mañana tomaba el desayuno con su familia arrastrando las zapatillas de fino raso. Había necesitado más de una hora para serenarse y comprobar que los comentarios de las fotos no eran tan obscenos e hirientes como había temido. Seguramente porque los caballeros no querían que quedara constancia de palabras desagradables atribuidas a ellos en público. Pero no se había atrevido a abrir los mensajes privados. Estaba segura de que no le iba a gustar lo que habría allí.

El único comentario que la había desconcertado era uno que se había aprendido de memoria sin querer:

**Yo te llevaría a Gretna Green hoy mismo, mi
bella tentadora, solo para probar esos dulces
labios** 🍷💍

El detalle del emoticono con forma de anillo era de agradecer. Era lo más parecido a una propuesta de matrimonio que había recibido en sus diecinueve años de vida. Aunque fuera de un desconocido con tintes de libertino.

En dicho comentario no figuraba ningún nombre completo, nada más que las letras «R.B.». Flossie no sabía a quién atribuir esas iniciales, podrían pertenecer a cientos de caballeros. Y en la foto de perfil solo aparecía una mano masculina que sujetaba una escopeta de caza, así que no tenía manera de descubrir a su autor, y no pudo evitar preguntarse si se habrían visto en persona.

Apenas se sentó a la mesa, desbloqueó el teléfono. Le hormigueaban los dedos por meterse en el perfil completo del desconocido, así que pinchó sobre las iniciales y...

—No irás a desayunar con ese dichoso trasto en la mano, ¿verdad, Flossie?

La voz irritada de su padre la sobresaltó tanto que dio un pequeño salto y se llevó una mano al pecho. La que tenía libre.

—Claro que no, papá —respondió, a la vez que bajaba el brazo y dejaba el «dichoso trasto» junto a sus cubiertos. Antes había echado una subrepticia mirada de reojo para asegurarse de que no le había enviado una solicitud de amistad por error a su anónimo admirador. Esa mañana no se sentía lo suficientemente precavida sobre todas las catástrofes que podrían ocurrir.

Lanzó una ojeada a su padre.

Lord Wessex estaba sentado al frente de la enorme mesa de madera (su madre aún estaría durmiendo), con su café y su periódico en papel. Todavía no se había acostumbrado a leer en una pantalla. Parecía ajeno al desastre que había ocurrido con su hija hacía unas horas, y no sería ella quien lo pusiera sobre aviso.

Desayunaron en apacible silencio y Flossie se escabulló al jardín en cuanto tuvo la oportunidad, no sin antes hacerse con una capa bien abrigada para protegerse de la escarcha matutina. Sus manos, en cambio, no corrieron la misma suerte que su cuerpo, pero no podía manipular el teléfono con los guantes puestos. Intentó hacer caso omiso del frío que le daba una tonalidad rojiza a sus dedos y desbloqueó el terminal.

Tenía veintisiete mensajes de Mary, con capturas de pantalla incluidas, y ciento tres en el grupo de Whatsapp de amigas «El club de las damas con móvil». Optó por dejar los mensajes del grupo sin leer y centrarse en Mary. Además de la monumental regañina por fiarse de Stella y de mostrar curiosidad por su galán secreto, la instaba a mirar sus próximos eventos en Facebook.

Flossie abrió la aplicación, algo recelosa.



Q Buscar



02
FEB

Velada musical "Hermanas Albright"

Organizado por lady Albright y sus cinco hijas
Público

Lady Mary Bale ha compartido esto contigo



Me interesa



Asistiré



Ignorar



Más



Viernes, 02 de febrero entre 17:00 y 20:00

Hoy, 2-9° Parcialmente nuboso



Albright House

3, Belgrave Square, Londres, Inglaterra



Lo primero que se le ocurrió pensar fue que lady Albright había sido un tanto exagerada al escoger la foto. Sobraban unas sesenta y cuatro personas, ya que el grupo (es decir, sus cinco hijas) estaba compuesto por una pianista, una arpista, dos violinistas y una violonchelista. Todas ellas en proceso de aprendizaje.

Sacudió la cabeza e intentó centrarse en lo importante. La velada era esa misma tarde, pero no tenía ni idea de las intenciones de Mary al hacerle llegar el evento. Así que se lo preguntó en un audio.

La respuesta llegó enseguida porque Mary estaba en línea. Era clara y contundente:

«Tienes que asistir a la velada y actuar con toda la normalidad del mundo, querida. Como si hubiera sido una».

Flossie pulsó el *play* del siguiente audio.

«Discúlpame, se me ha resbalado el dedo de la pantalla. Actúa como si hubiera sido una broma de pésimo gusto de lady Stella, demasiado insignificante como para que le prestes un segundo de atención».

A Flossie le entró pánico solo con pensar en exponerse ante tantas personas en apenas unas horas. Pero sabía que Mary tenía razón. Escondarse equivaldría a una declaración de culpabilidad. Así solo conseguiría darle al *selfie* la importancia que Stella buscaba con su maliciosa acción, y eso la haría más vulnerable ante los comentarios de los chismosos.

Se cubrió la cara con las manos para darse un respiro y luego cuadró los hombros.

Tenía que elegir su mejor vestido para las fotos que pudieran hacerle aquella tarde.

Antes de levantarse del banquito entre parterres helados en el que se había sentado, sin embargo, cayó en la cuenta de que aún le faltaba hacerle una última pregunta a Mary. Mantuvo pulsado el icono del micrófono y una pequeña nubecilla blanca se escapó de sus labios al hablarle al móvil.

—¿Acudirá tu hermano a la velada?

Mary la dejó en visto y tardó un minuto exacto en responder.

«Sí que vendrá».

A Flossie se le cayó el alma a los pies. Una repentina sospecha se apoderó de ella de inmediato y volvió a pulsar el micrófono.

—¿Está ahí? ¿Contigo?

Otra vez quedó en visto y pasaron dos minutos largos hasta recibir una contestación.

Una voz profunda y sardónica la respondió y le provocó un estremecimiento:

«Claro que estoy aquí, renacuaja. Si tus padres no se han encargado de darte unos buenos azotes por lo que has hecho, yo me encargaré personalmente de ello esta tarde».

Flossie apenas prestó atención al ruido de lucha que se oía de fondo, en un intento heroico de Mary por recuperar su teléfono. Solo existía un pensamiento en bucle en su cabeza.

Lord Anthony Bale, sexto vizconde Bale, el hombre del que una vez estuvo locamente enamorada, había visto su escandaloso *selfie*.

CAPÍTULO 3

Esa misma tarde, Flossie entraba en la residencia de los Albright con las rodillas temblando como un flan. Sabía que presentaba su mejor aspecto porque la doncella se había encargado de trenzar, rizar, estirar y volver a rizar su pelo en un gracioso recogido, y cada puntada de su vestido verde mar era exquisita y única, imposible de encontrar en los catálogos para damas que circulaban por Internet. Pero no estaba preparada para ver cara a cara a ninguno de los invitados. Y a Anthony el que menos. El hermano de Mary era seis años mayor que ellas, y Flossie había sentido adoración infantil por el muchacho que jugaba y cuidaba de las dos con disimulada paciencia cuando iba de visita a casa de los Bale. Con el paso de los años, el cariño de Flossie se transformó en un cálido sentimiento que daba alas a su corazón y lo hacía batir contra sus costillas siempre que Anthony estaba cerca. Sin duda, era amor.

Sin embargo, Flossie se había obligado a sí misma a hacer a un lado esas emociones que solo le aportaban tristeza. La realidad era muy clara. Anthony únicamente la veía como la niña que fue y no como la sofisticada joven en la que se había convertido. Para él siempre sería la amiga de su hermanita pequeña, y la trataba como tal a pesar del paso del tiempo. Sus intereses románticos se habían centrado en una mujer que no era ella. Y después, en otra. Y en otra más. Cuando su corazón se rompió por quinta vez al ver el *tweet* de lady Claire Borrows, en el que se jactaba de acudir a un picnic privado con lord Anthny Bale, Flossie había tomado la drástica

decisión de ignorar los sentimientos agridulces que Anthony despertaba en su interior, y que no había sido capaz de compartir ni con su más íntima amiga. Las connotaciones de lady Claire habían sido demasiado evidentes:



El rumbo que su amor de juventud había tomado no podía ser más distinto al de Flossie.

Podría decirse que cada semana corrían rumores y cuchicheos acerca de él por los salones y las redes de la sociedad londinense.

—Ese muchacho Bale cada vez anda por peor camino —había dicho una vez una matrona en un corrillo de señoras. Pensaba que, porque ella estaba algo sorda, Flossie no podría escucharla.

—¿Habéis visto su última foto de perfil de Whastapp? Inconcebible, queridas, inconcebible. Está... a medio vestir. —En este punto la dama había comenzado a abanicarse con énfasis y a susurrar muy alto lo que la tenía tan ofendida—. En ella aparece al aire libre en mangas de camisa, arremangadas para mostrar sus antebrazos. Sin sombrero, sin chaqueta ni chaleco y sin pañuelo al cuello. La viva imagen de un disoluto.

Flossie suspiraba por ver esa foto.

Se había permitido imaginarlo con sus cabellos castaños revueltos por la brisa y sus ojos oscuros enfocados con malicia en el objetivo, consciente de lo que hacía. Pero no tenía el número de Anthony y jamás se lo pediría a Mary. Le daba demasiada vergüenza.

De lo que sí fue testigo había sido de su último escándalo, ya que se encontraba en casa de Mary cuando lady Bale había puesto el grito en el cielo por el comportamiento temerario de su hijo, y no había podido evitar mostrarles su irreverente conducta a Mary y a la propia Flossie.

Anthony había retransmitido un vídeo en directo con Facebook live en el que conducía un faetón a gran velocidad por las afueras de Londres, donde formaba parte de una carrera entre caballeros tan desenfundados como él. Flossie había tenido el pecho encogido durante toda la emisión, esperando el fatal desenlace, aterrada ante un posible accidente. Pero, como ocurría con todo lo que se proponía Anthony, había logrado alzarse ganador.

Al ver su sonrisa complacida ante la cámara, Flossie había sentido ganas de abofetearlo y abrazarlo, todo al mismo tiempo. Aunque jamás ocurriría nada semejante porque nunca alcanzaría tal grado de intimidad con Anthony. Él nunca se lo iba a permitir.

Por esa razón, al entrar en la sala de música donde las hermanas Albright preparaban sus instrumentos, se recordó a sí misma que debía mostrarse indiferente. Como la joven madura y elegante que era. Tony no podía amenazarla con darle unos buenos azotes como si tuviera diez años. Ya no. Giró el cuello y vio acercarse a Mary, cuyos ojos y cabellos castaños eran un constante recordatorio de su hermano mayor.

—Hola, querida. ¿Cómo te encuentras?

La saludó con un pequeño roce de mejillas.

—Mucho mejor, Flossie. Busqué en Google un remedio natural para la garganta irritada y ha sido un verdadero alivio. Los ingredientes son muy sencillos, así que Molly solo tuvo que salir un momento al mercado a por ellos. Te enviaré la página para que tú también la tengas.

Flossie le agradeció tanto el ofrecimiento como el hecho de que hablasen sobre un tema bastante trivial mientras se acercaban a las sillas dispuestas para el concierto.

Una vez hubo tomado asiento, Flossie se deshizo del chal color nácar que

llevaba sobre los hombros y fingió colocarlo en el respaldo de la silla para echar un vistazo a su alrededor. Varias personas formaban círculos en los que comentaban sus últimas actualizaciones o cambios de estado. Una muchacha joven no podía evitar el rostro de puro aburrimiento ante otra dama que le enseñaba uno de esos interminables vídeos absurdos que se habían hecho virales. Nadie parecía prestarle especial atención, aunque sentía miradas invisibles que cosquilleaban en su espalda y le daban escalofríos.

Flossie suspiró y no pudo menos que extrañarse de que nadie hiciera una mínima referencia directa a su *selfie*. Era imposible que al menos una o dos personas no lo hubieran visto y no hubieran corrido a contárselo a los demás mientras la señalaban. Al fin y al cabo, transmitir chismes era uno de los pasatiempos sociales de Londres.

Se volvió hacia Mary.

—¿No te parece raro que no se oigan comentarios sobre las fotos de Stella?

Los ojos de Mary brillaron con un poco de culpabilidad y algo más que Flossie no supo descifrar.

—Bueno, quería esperar a hablar contigo en privado pero, ya que has sacado el tema, he de revelarte algo. Es acerca de tu admirador secreto.

Flossie dio un respingo.

—¿El que quiere casarse conmigo en Gretna Green?

—El mismo.

—¿Qué tiene que ver en todo esto?

—Verás, ha conseguido colarse en los ordenadores de media nobleza y se ha hecho con ciertos archivos que ha enviado después como adjuntos en mensajes privados a todas las personas que han comentado tu foto, o la han compartido, con malas intenciones, y también a los caballeros que le han dado a «Me encanta» a tu *selfie* del besito. Es bastante celoso.

Flossie agrandó los ojos.

—¿Qué... clase de archivos adjuntos?

Mary tardó un momento en poner en orden las palabras antes de hablar:

—Son documentos y fotos *muy* privados de los interesados, que él ha jurado hacer públicos si lee una sola letra en tu contra. Además de amenazarlos con hacerse con más. Por lo visto, Stella ha sido la que salió peor parada, las carpetas que hay en su ordenador son bochornosas. Aunque no debería sorprendernos.

—¿Mi admirador es un hacker?! Santo cielo...

La cabeza de Flossie daba vueltas. De pronto la alzó con rapidez.

—Espera, Mary. ¿Cómo sabes todo eso?

La aludida abrió y cerró la boca un par de veces sin que saliera ningún sonido.

Antes de que Flossie pudiera añadir nada más, un movimiento a su derecha la distrajo. Anthony había hecho acto de presencia y la miraba sin parpadear, con uno de sus anchos hombros apoyado con despreocupación en el marco de la puerta, sin llegar a entrar en la sala. La atravesaba con sus ojos oscuros, que parecían retarla a apartar la vista un milímetro siquiera. ¡Como si Flossie pudiera! La tenía completamente atrapada.

Luego le guiñó uno de esos ojos impertinentes y su labios gruesos y atractivos salieron disparados hacia delante poniendo morritos. Repetidas veces.

Flossie ahogó un grito ultrajado. ¡El muy granuja le estaba lanzando besitos! ¡¿Cómo se atrevía a imitar el *selfie* que casi provoca su desgracia?!

¿Cómo podía ella pensar siquiera en reírse? Pero le estaba costando todo su autocontrol retener la carcajada que burbujeaba en su garganta al ver sus muecas.

Flossie iba a girar la cabeza, fingiéndose indignada, cuando Anthony extrajo el móvil del bolsillo de su pantalón, tocó la pantalla y le hizo una señal a su hermana mientras se lo llevaba al oído. Mary emitió una tosecilla, tensó la boca en señal de disgusto y acercó el altavoz de su propio móvil, que estaba vibrando, a la oreja a Flossie después de descolgar. La voz de

Anthony se deslizó por su piel muy despacio:

—*Tenemos una cuenta pendiente, Florence.* —Flossie apretó la mandíbula al escuchar su nombre completo, pero no pudo evitar sentirse fascinada por la situación. Anthony se encontraba a unos cuatro metros de distancia, pero sujetaba el teléfono con desenvoltura y le hablaba al oído con una cadencia íntima, cómplice, como si estuviera todo lo cerca que un hombre podía estar de una mujer—. *Espero que no hayas olvidado lo que me ha traído hasta aquí.* —Hubo una breve pausa en la que Flossie fue incapaz de contestar—. *Yo no lo he hecho. Te veré después del concierto, pequeña.*

El rubor se extendió por las mejillas, el cuello y el escote de la joven. Y Anthony pareció seguir el cambio de color de su piel con extrema atención; su expresión se había vuelto indescifrable e intensa, lo que hizo que Flossie se sonrojase aún más. Lo vio colgar de manera brusca y apretar los puños cuando su mirada bajó a la altura de sus pechos, para después darse la vuelta con rapidez y desaparecer en alguna de las estancias de los Albright.

CAPÍTULO 4

—¡*F*lossie! ¿A dónde vas? El concierto está a punto de comenzar.

El tono admonitorio de Mary no fue suficiente para disuadir a Flossie de levantarse e ir en busca de Anthony. No podía lanzarle una amenaza semejante y esperar que ella se quedara quieta y tranquila durante toda la actuación. Con los nervios previos acumulados por su desastre con Stella, no lo resistiría.

Lo encontró en la segunda habitación en la que miró. Las cortinas estaban medio corridas y él estaba casi a oscuras, reclinado en un diván de aspecto mullido. Lo único que aparecía iluminado por una difusa luz blanquecina, que procedía de la pantalla del teléfono móvil, era su apuesto rostro.

Flossie iba a entrar en tromba, pero lo pensó mejor y decidió colarse con mucho sigilo para acercarse por detrás a Anthony, ya que este todavía no había advertido su presencia. Era muy infantil asustarlo como cuando eran niños, desde luego. Lo más sensato sería comportarse como la adulta que era, cierto... ¡Pero iba a ser tan satisfactorio ver su sobresalto!

Ya estaba cerca, muy cerca... Le quedaban unos centímetros para alcanzar su oreja.

Inspiró hondo para gritar bien fuerte.

Y todo el aire escapó de sus pulmones de golpe y en silencio, cuando Anthony la aferró de la muñeca y de un tirón la hizo aterrizar sobre su cuerpo en el diván.

—¿Qué demonios haces, renacuaja?

El aliento de Anthony le rozaba los labios, así como sus pechos se aplastaban contra su torso y sus piernas se enredaban con las suyas.

—Yo, yo...

Paralizada y aturdida por la fuerte figura que se había colado en cada poro de su piel, Flossie fue incapaz de encontrar su voz y giró la cabeza. Entonces frunció el ceño. El móvil de Anthony se había quedado entre los cojines, pero lo más desconcertante fue que le pareció ver una foto suya de fondo de pantalla.

Fue muy rápida. Antes de que él pudiera reaccionar, Flossie se había hecho con el teléfono y se había escurrido fuera de su alcance. Como Anthony lo había estado utilizando, todavía estaba desbloqueado, así que no le costó comprobar que, en efecto, su alegre rostro destacaba entre los accesos directos de las aplicaciones, colocados de forma estratégica para no taparlo.

Y no era cualquier imagen. Era su indudablemente poco decoroso *selfie* del besito.

—¿Qué significa esto, Anthony?

El corazón de Flossie no había dejado de latir acelerado desde que la había sujetado contra su cuerpo. Estaba segura de que ahora sus redobles se podían escuchar en el silencioso cuarto.

Su dedo se movió por inercia hacia el icono de la galería de fotos, pero Anthony le arrebató el móvil con una velocidad asombrosa.

Cuando alzó la cabeza para enfrentarlo, un solitario haz de luz solar iluminaba sus facciones tan masculinas, y lo que encontró allí la dejó boquiabierta porque no se lo habría esperado ni en mil años.

Las mejillas cubiertas por una sombra de barba habían adquirido un tono escarlata. El atrevido, indomable e inalterable Anthony Bale estaba ruborizado.

Tal fue la sorpresa de Flossie que no se movió cuando Anthony se alejó de ella y salió de la habitación con pasos apresurados.

CAPÍTULO 5

Flossie se desplomó sin fuerzas sobre el diván. La mente en blanco.

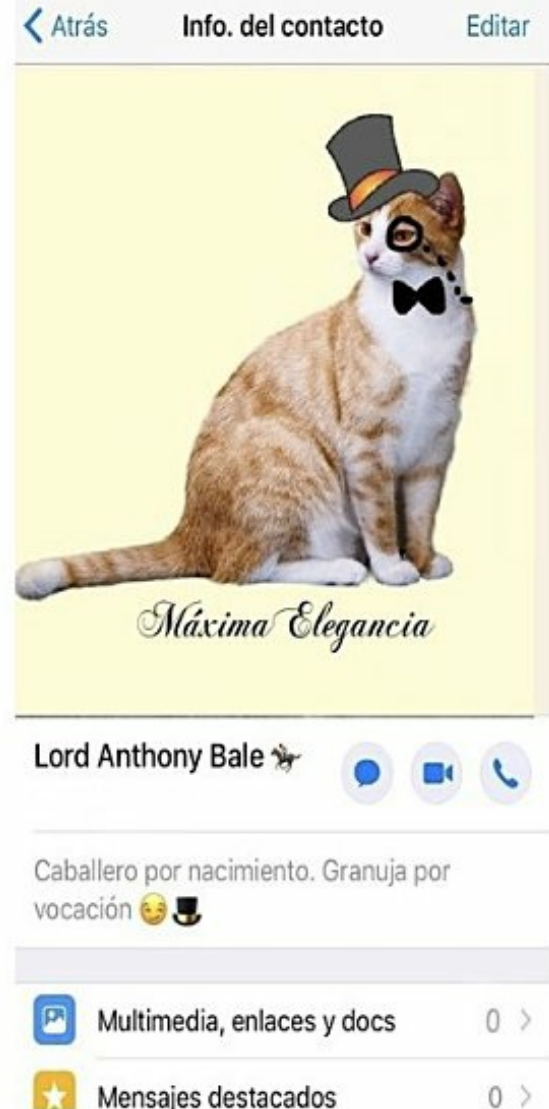


El móvil vibró de pronto y se apresuró a sacarlo del pequeño retículo de lentejuelas que llevaba atado a la muñeca. Era un apurado wasap de Mary.

Tecléo las siguientes palabras sin detenerse a pensarlo.



Flossie se lo agradeció de forma efusiva y añadió el número a sus contactos sin darse tiempo a arrepentirse de los que estaba haciendo. Iba a poner un icono de corazón junto al nombre de Anthony, pero le pareció demasiado cursi y se decidió por un jinete. Encajaba muy bien con él. Antes de hacer nada más, se metió en su perfil de Whastapp, pero ya había cambiado su díscola foto a medio vestir (para su desgracia). Una sonrisa divertida se dibujó en sus labios al comparar la imagen que había elegido con la de Mary. Desde luego, no se podía negar que los hermanos Bale tenían el mismo sentido del humor.



Se le borró la sonrisa en el momento exacto en el que recordó el fondo de pantalla de Anthony. ¿Era solo para burlarse de ella o se trataba de algo más? Aunque ¿qué otra cosa iba a ser? Tenía que ajustarse a la realidad, no a lo que había deseado que ocurriera años atrás.

Con dedos temblorosos, pulsó las teclas necesarias para escribir un sencillo mensaje, sin saber muy bien cómo enfrentar la situación en la que se encontraba.



El corazón casi se le para al ver que Anthony se había puesto en línea y había contestado tan rápido, al tiempo que un placentero cosquilleo de satisfacción al descubrir que él sí tenía su teléfono guardado en la agenda... «¡Haz el favor de concentrarte, Flossie!».

¿Qué podía responder? Desde que había abierto los ojos esa misma mañana a causa del zumbido del móvil, el mundo se había ido escapando por completo a su control.

Bueno, no era la pregunta más sofisticada que podría haber hecho, pero esa respuesta tan seca molestó a Flossie. Así sería aún más complicado

proseguir con una conversación ya difícil de por sí. Entonces vio que Anthony seguía escribiendo.



Lord Anthony Bale 🐎

en línea



Ya no, pequeña. Es solo que no entraba en mis planes que las cosas fueran a suceder así.

18:35

¿A qué te refieres? 🤔

18:35



Ya te dije que venía a darte unos buenos azotes 🖐️🖐️. Ha sido bastante embarazoso que vieras esa foto tuya en mi móvil 🤔 ... He salido tan precipitadamente del cuarto para disponer de algo de tiempo y ser capaz de recomponerme.

18:37

Deberías sentirte culpable por ser tan fisgona, renacuaja... ¿Te sientes culpable? 🤔

18:37



Flossie puso los ojos en blanco antes de responder. ¡Era tan difícil hablar en serio con el muy granuja!



Flossie empezó a golpetear en el suelo con la punta de su delicado zapato al ver que Anthony tardaba más de la cuenta en responder esta vez.



Flossie releyó las frases de los últimos mensajes, confundida. Varias palabras resaltaron ante sus ojos como cañonazos. En concreto, su imprudente y estúpido «prefiero los azotes» (¿de dónde diantres había salido eso y cómo había llegado eso a su teléfono?), y el perturbador «necesito privacidad» de Anthony. Iba a levantarse del diván y salir disparada hacia la salvación convertida en Mary, cuando la puerta de la estancia se cerró, y los dejó a Anthony y a ella dentro, apenas visibles en la penumbra.

—¿Y bien, Florence? ¿Por dónde íbamos?

Su voz la paralizó. Si tan solo hubiera reaccionado unos segundos antes, podría haber seguido resolviendo sus asuntos con Anthony tras la seguridad del cristal de su pantalla del móvil... Flossie se mordió el labio inferior e hizo todo lo posible por mostrarse serena.

Se levantó con dignidad y rodeó el mueble, cuidándose mucho de ir por el lado contrario al que se encontraba el vizconde Bale, para acercarse a las tupidas cortinas de terciopelo granate. Tenía una mano alzada hacia ellas con la intención de dejar pasar un buen resquicio de luz al apartarlas, cuando Anthony habló de nuevo:

—Me complace mucho la forma en la que están dispuestas las cortinas. Se ajustan bastante a mis decadentes propósitos, ¿sabes?

Flossie hizo caso omiso de sus palabras e iba a continuar con su cometido cuando la mano mucho más grande de Anthony se la sujetó, y sintió el calor del cuerpo masculino a su espalda.

—¿Ha sido mi fértil imaginación o has aceptado esos azotes, renacuaja? Piensa bien en lo que vas a responderme —susurró—, recuerda que está por escrito y que soy muy dado a las preguntas retóricas.

—No sé qué te ocurre hoy para que estés tan insoportable. —Intentó sacudírselo de encima y seguir con su misión, pero no parecía que tuviera intención de soltarla.

—Obedece a tus mayores, Flossie, y deja la cortina tal y como está.

—¡Ya no tengo cinco años, Tony! —protestó, medio girándose hacia él.

Los dos notaron que se le había escapado la abreviatura de su nombre, esa que utilizaba cuando era niña y, después, una jovencita embelesada por su encanto. Hasta que los padres de Flossie, los marqueses de Wessex, le prohibieron utilizarlo por tratarse de un modo demasiado íntimo e inapropiado de dirigirse al vizconde.

—No. No tienes cinco años. Aunque... —Un destello blanco chispeó en la oscuridad cuando sonrió—. Al parecer, sigues haciendo travesuras.

Flossie supo aceptar la derrota y bajó la mano, que seguía unida a la de

Anthony. A él no pareció importarle que sus cuerpos quedasen aún más cerca cuando se volvió del todo para enfrentarlo.

—Admito que no fue una buena idea hacerme un *selfie* con lady Stella. Pero no se trata de ninguna travesura. Nunca tuve la intención de que se publicase en redes sociales.

Anthony la miró pensativo un momento. El rostro muy serio.

—Uno de los mayores problemas de ese *selfie*... —comenzó a decir, y a Flossie se le paró el corazón porque estaba segura de que le diría lo malparada que había resultado su reputación en su círculo de amistades—... es que lleva muchos filtros. No podría contar el número de pecas que adornan tus mejillas, renacuaja, de tantas como son. Y en la foto no queda ni una sola. Por no hablar de ese color extraño que le has dado a tu rostro. Demasiado pálido, enfermizo diría yo.

Chasqueó la lengua de un modo desaprobador que terminó de enfurecer a Flossie.

—¡Sabía que lo único que pretendías era burlarte de mí desde el primer momento! Esta conversación se ha terminado, lord Bale.

Realizó el enésimo intento de separarse de él. Aunque solo consiguió que la sujetara por la otra mano y la arrinconase contra las cortinas.

—Prefiero que vuelvas a llamarme Tony.

—Estoy convencida de que preferirías no saber lo que deseo llamarte en este instante —replicó, enfurecida.

—Calma, mi pequeña fierecilla, deberías tomártelo como el halago que es. No necesitas filtros para ser hermosa.

Flossie parpadeó, ¿cómo podía insultarla y luego lanzarle un cumplido así en cuestión de segundos? Y, lo más importante, ¿por qué el sexto vizconde Bale la llamaba «hermosa» en esos momentos, cuando siempre la había ignorado? Achicó los ojos, desconfiada ante ese acercamiento.

—Anthony, ¿hay alguna apuesta, *online* o física, relacionada conmigo en alguno de los clubes de los que eres socio y por eso te comportas así? Y no

intentos engañarme. Mary se entera de todo y luego me lo cuenta a mí.

Haberse convertido en el punto de mira de caballeros ociosos y de alta cuna podría ser perfectamente una de las fatídicas consecuencias de las dichas fotos. No sería la primera vez que una dama se veía sometida a ese tipo de juegos de mal gusto sin desearlo. Aunque le dolería mucho que proviniera de Anthony.

—Cierto. Mi querida hermanita y tú no tenéis secretos la una para la otra. Supongo que es algo a lo que debería acostumbrarme si... —Era una frase que tenía la clara intención de continuar, pero se detuvo de forma abrupta—. No hay ninguna apuesta, Flossie. No lo permitiría.

El nudo que se le había formado en la garganta se deshizo por arte de magia e incluso se permitió relajarse contra el terciopelo.

—No te imaginas cuánto me alivia oír eso, Anthony —confesó en voz baja—. Que no seas el caballero sin escrúpulos en el que todos dicen que te has convertido.

Llegaron hasta ellos unos acordes demasiado altos y descompasados de violín, que consiguieron que volviera a enderezar la espalda.

—Mary me está esperando —anunció para marcharse, sin esperar una respuesta a su comentario, en realidad. Anthony no se comportaba de manera distinta a la de la mayoría de los hombres de su misma posición social y estado civil.

—Aún no habíamos llegado al mayor problema que presenta tu *selfie*, pequeña. —La detuvo una vez más—. Relacionado, mucho me temo, con caballeros sin escrúpulos y la clandestinidad que ofrece Internet.

—¿Te refieres a proposiciones indeseadas a través de Facebook? No tienes que preocuparte por eso. —Agitó la cabeza para restar importancia al asunto—. Un oportuno admirador me está ayudando con ese asunto.

Anthony utilizó su gran estatura para inclinarse sobre ella y que volviera a retroceder contra las cortinas.

—¿Un oportuno admirador, dices? ¿Y quién demonios es, si puede saberse?

Flossie intentó escrutar su rostro en la escasa claridad. Parecía enfadado.

—Es un admirador secreto. Así que no puedo decirte nada; por algo se llama secreto. —Un impulso desconocido la llevó a continuar—: Solo que es un experto *hacker*.

—Ya veo.

—¿Satisfecho? Y ahora, si me disculpas, tengo que marcharme. Ya me has regañado más que mis padres y, si no me encuentro en la sala cuando acabe el concierto, se desatarán más rumores.

«Por favor, que no saque el tema de los azotes otra vez», rogó para sus adentros.

—Lo que creo —dijo un meditabundo Anthony, ignorando el cambio de conversación— es que es tan secreto que ni tú misma sabes quién es.

—¿Acaso importaría? —resopló, tiesa como un palo ante la verdad.

—¡Por supuesto que sí! No irás a convertirte en una de esas jóvenes damas que chatean con desconocidos en un cortejo a ciegas, ¿verdad? Porque déjame advertirte de que son corderos que van directos a la boca del lobo. No te fíes de los hombres que intenten acercarse a ti por Facebook, Florence. No tienes ni idea de si estás tratando con un noble respetable o un truhán sin ataduras. De si está casado o soltero. Loco o cuerdo. O de si vive en las Indias en lugar de en Inglaterra.

—Eso sería una lástima, ya que haría muy difícil el quedar con él. La distancia entorpece las relaciones ¿no crees?

Flossie sonrió con una dulzura que no sentía. ¿Quién se creía que era para darle lecciones? ¿Pensaba que era tan confiada como para no saber cuidarse de las mentiras y verdades de Internet?

—¿Darías permiso para que te visitara un hombre que supuestamente ha hecho algo caballeroso por ti en Facebook? ¿Sin conocer ningún detalle más?!

Nunca había visto a Anthony de esa manera. Parecía fuera de sí. Ella solo se encogió de hombros.

—Representas mucho, mucho más peligro del que pensaba, Flossie.

Se escucharon ruidos en el pasillo de los invitados que huían con discreción en todas direcciones tras el final del recital. No querían ser los pobres incautos a los que lady Albright les pidiera comentarios y pulgares arriba de los vídeos de los conciertos de sus hijas en YouTube.

Flossie estaba muy nerviosa ante la posibilidad de ser descubierta a solas con él en ese oscuro cuarto y Anthony debió notarlo, porque maldijo para sus adentros antes de hablar.

—No hemos terminado esta discusión. Te aseguro que continuaremos más tarde, renacuaja.

Su mano, cálida, ancha y que no había soltado hasta entonces la de Flossie, subió hacia el rostro de la joven. Colocó el pulgar en un lateral de su boca y el resto de dedos en el otro, de tal forma que, al apretar con suavidad, los labios de Flossie salieron proyectados hacia delante... como en un beso.

Los oscuros ojos del vizconde se clavaron en su boca. Intensos, concentrados, parecían tratar de decirle algo. Su respiración se hizo más pesada, mientras que la de Flossie era rápida y superficial conforme veía cómo Anthony se iba acercando hasta quedar a unos milímetros de ella.

—La realidad es infinitamente mejor que el *selfie* —pronunció con un tono ronco e íntimo antes de darse la vuelta y dejarla con las rodillas temblorosas. Una vez más.

CAPÍTULO 6

—*Y* bien, ¿dónde tomaremos ese té bien fuerte que me has prometido? ¿En tu casa o en la mía?

Mary la interceptó cuando apenas había logrado poner un pie en el pasillo que daba a la sala de música. Le tendió el chal que se había dejado olvidado en el respaldo de la silla con una expresión seria en sus facciones dulces.

—Tendré tus pastas favoritas esperándote en el saloncito azul mañana a las diez en punto —prometió Flossie con una rapidez admirable, si se tenía en cuenta lo lejos que estaba su mente en aquellos momentos. Pero había reaccionado así porque no le parecía buena idea hablar con Mary sobre Anthony... en la casa de Anthony.

—De acuerdo —aceptó su amiga, para después observarla con preocupación—. ¿Te encuentras bien?

Flossie tomó su mano enguantada y la apretó con suavidad.

—Perfectamente, querida. No sabes cuánto agradezco el apoyo que me has brindado hoy. Aunque lo cierto es que ha sido un día muy largo, así que lo mejor será que nos retiremos a descansar.

Mary asintió y Flossie se sintió muy aliviada al no verse presionada para que contase lo que había sucedido hacía unos minutos con el hermano de su amiga en el cuartito de lady Albright; no se notaba con fuerzas para hacerlo, eso sin tener en cuenta que tampoco sabía qué había sucedido exactamente. ¿Había estado Anthony a punto de besarla o habían sido imaginaciones suyas?

Las dos jóvenes se despidieron con un roce en las mejillas antes de subir a sus respectivos carruajes y, una vez dentro, Flossie abrió el bolso para sacar el móvil y revisar si tenía alguna nueva notificación. Era una costumbre tan arraigada que prácticamente lo hacía sin pensar. Esa vez, sin embargo, prestó especial atención a Facebook. La difusión de su *selfie* parecía haberse detenido, y sus ojos volaron hacia los comentarios de la foto, donde destacaba el de su *hacker* particular.

Se le ocurrió que, si lo que le había explicado Mary acerca de que se había colado en ordenadores de la nobleza para protegerla era cierto, lo menos que podía hacer era darle las gracias por su efectiva defensa. En su interior también había prendido una chispita de curiosidad por saber quién era y, por encima de todo, quería refutar a Anthony su severa acusación acerca de fiarse de cualquier persona que interaccionara con ella por Internet sin conocer su verdadera identidad o intenciones. Le iba a demostrar que podía cuidarse ella sola, y para ello iba a desenmascarar al misterioso *hacker*.

Con las mejillas un poco sonrosadas, envió una solicitud de amistad a «R. B.». Después de haber pedido el número de Anthony para agregarlo a WhatsApp, cualquier otra cosa le parecía relativamente sencilla. Guardó el teléfono una vez más, y se quedó medio adormilada mientras el vehículo la llevaba de vuelta a Wessex Hall. Apenas había podido dormir gracias a Stella...

Con un último zarandeo, el carruaje se detuvo ante la imponente mansión de los marqueses y Flossie se apeó con la ayuda de uno de los lacayos. Sus padres todavía no se encontraban en la residencia, ya que habían acudido a un aburrido evento social de cuyo nombre ni siquiera se acordaba. Por suerte, ella había podido asistir a la velada de los Albright porque la marquesa sabía que se encontraría acompañada en todo momento por Mary. Y así había sido... durante la mayor parte del tiempo, al menos. Aún podía sentir las cálidas manos de Anthony sobre su rostro. ¡Su actitud resultaba de lo más desconcertante!

Subió las escaleras con pasitos más apresurados que de costumbre, ya que necesitaba descansar tras el ajetreado día que había tenido. Su doncella, Dorothy, la ayudó a deshacerse del vestido y del apretado recogido, para sustituirlos por un abrigado camisón y unos cabellos sueltos y cepillados con esmero. Ya en la cama, Flossie se arrebujó en las mantas y, por pura inercia, miró el móvil por enésima vez.



El corazón ejecutó una complicada pirueta cuando vio que el *hacker* había aceptado su solicitud de amistad y que le había enviado un mensaje. Dudó unos segundos entre abrirlo o bloquear a «R.B.», pero se dijo que no era una cobarde. Lo que se encontró la decepcionó un poco.



«¿Y ya está?». Esperaba una conversación más elaborada. Sin embargo, ella era una señorita educada y no caería en la bajeza de negarle el saludo.

—Mucho mejor —pronunció Flossie, orgullosa, en el silencio de su cuarto. Luego se dio unos toquecitos con el dedo índice en el labio inferior antes de decidirse a continuar escribiendo. Era la ocasión perfecta. Si posponía lo que quería decirle, no lo haría nunca.

Estimado señor B,

espero que esta forma directa de abordarlo no lo induzca a ningún error sobre mi carácter, puesto que he sido criada en los más estrictos valores morales y de decoro. Si me dirijo a usted sin haber sido presentados por terceros es, en primer lugar, porque nuestro sucinto saludo con iconos de manos en Facebook me parece el equivalente virtual a dicha acción en la vida real. Y, en segundo lugar, porque me ofrece la oportunidad que necesitaba para agradecerle lo que ha hecho por mí en un día que se presentaba aciago. Es impensable expresar con palabras mi gratitud por detener de manera tan tajante los efectos negativos que, sin duda, hubiera producido mi desafortunado *selfie*.

Reciba mi mejores deseos,

Lady Florence Easter

Flossie releyó el mensaje un par de veces. Era muy formal. Hasta severo, podría decirse, y se planteó la posibilidad de añadir algún *gif* o emoticono que aligerase el tono. Luego meneó la cabeza y pulsó «Enviar». Prefería ser lo más cauta y distante posible.

Estimada lady Florence,
no era necesario que me obsequiara con ningún agradecimiento, puesto que soy su más devoto servidor (me refiero a uno de carne y hueso, no a un servidor de Internet). Aunque no puedo negar que me alegro de que lo haya hecho, puesto que así me es posible comunicarme con usted. Jamás la hubiera ofendido enviándole yo primero un mensaje que podría no desear e imponiéndole mis atenciones. Ahora, sin embargo, me siento tan honrado y presa del nerviosismo, que los dedos me tiemblan al teclearle estas palabras.

Siempre suyo,

R.B.

La respuesta llegó muy pronto. Era evidente que el *hacker* estaba lo suficientemente seguro de sí mismo como para no necesitar releer el contenido. O, tal vez, estaba ansioso por que ella lo recibiera.

Flossie se hundió aún más en el colchón, bastante sorprendida. Cada punto y cada coma del texto denotaban la manera de expresarse de un gentilhombre. Y no del libertino que le había parecido en un primero momento. La curiosidad de la joven se triplicó y, a pesar de lo tardío de la hora, continuó escribiendo:

No me incomodan sus mensajes...

¡¡Acaba de hacerme el hombre más feliz del mundo, lady Florence!! Aunque no haya aceptado mi propuesta de matrimonio en Gretna Green...

Flossie arrugó el entrecejo, muy recelosa ante su exaltado entusiasmo. Obvió la parte concerniente al matrimonio y pulsó las teclas de nuevo.

Me sería sumamente grato conocer más cosas sobre usted, señor B.

A su servicio, milady.

Dígame, ¿dónde reside en la actualidad...?

Muchas horas más tarde, con un bostezo que le provocó un pequeño chasquido en la mandíbula y la vista algo borrosa por fijarla tanto tiempo en la pantalla iluminada, Flossie dejó el móvil en la mesilla, satisfecha por sus descubrimientos sobre el *hacker* y dispuesta a echar una pequeña cabezada. Lo cierto era que su conversación había resultado de lo más agradable.

Ni treinta minutos después, su doncella apareció en el cuarto para descorrer los cortinajes, lista para despertar a su señora.

—¡Otra vez no! —casi lloró Flossie bajo la almohada.

—Oh, disculpe, milady —se excusó una apenada Dorothy—. Pero el saloncito azul ya está ocupado con su visita y me dijo que...

«¡Mary!». Flossie apartó las mantas de una patada, a la vez que deseaba hacer lo mismo con el cansancio, y se vistió en tiempo récord sin hacer caso de las protestas de su resollante doncella, que intentaba seguirle el ritmo. Se había olvidado por completo de la cita que tenía con su amiga. Bajó los escalones con presteza y giró dos veces a la izquierda para llegar al saloncito. Abrió la puerta con el aliento entrecortado y los cabellos revueltos sin importarle demasiado puesto que, al fin y al cabo, era Mary quien la esperaba al otro lado.

Sin embargo, los ojos castaños que le devolvieron la mirada eran los de otro miembro de la familia Bale.

—Anthony... —fue el trémulo suspiro que escapó de los labios de Flossie.

CAPÍTULO 7

Flossie se había hecho el firme propósito de no dedicar ni un solo pensamiento a Anthony Bale ni a los sentimientos que removía en su interior. Pero era evidente que, desde el día anterior, era un plan destinado al fracaso. Allí estaba él, envuelto en esa indómita elegancia con la que dominaba el femenino salón.

—Anthony... ¿qué haces aquí? ¿Le pasa algo a Mary? —preguntó, preocupada.

—No le ocurre nada, renacuaja. Es solo que le he pedido que me cediera su lugar en cuanto me he enterado de que planeaba visitarte.

—¿Pedido? —repitió ella, con los ojos entrecerrados.

—Pedido, disuadido, coaccionado... ¿qué más da? —La contemplaba sin pestañear—. Lo importante es que yo quería estar aquí.

—No entiendo para qué...

—Nuestro asunto pendiente. Ya sabes.

Los dos se fueron acercando hasta detenerse a unos cuantos centímetros de distancia.

—Pareces cansada —comentó Anthony, al tiempo que alzaba una mano y rozaba con suavidad la piel bajo los ojos de Flossie. La joven tembló ante el tierno contacto, pero tragó saliva y lo miró a su vez.

—Tú también pareces agotado —repuso al cabo de un momento, sorprendida al notar que era cierto. Lucía unas ojeras de color violeta que debían de ser similares a las que presentaba ella, y los cabellos no

presentaban el cuidadoso peinado de costumbre.

—Anoche me entretuve con un asunto importante —contestó el vizconde.

—¿Un asunto que llevaba faldas?

Flossie deseó haberse mordido la lengua por su ácida réplica. No tenía derecho a preguntarle nada a Anthony. Y menos en cuestión de mujeres. Pero le había sido imposible evitarlo, quizá porque se sentía resguardada en esa especie de intimidad que estaban compartiendo últimamente.

—Puede. —La expresión de Anthony era muy seria.

Le dio la espalda para que no viera lo mucho que podía afectarla. Pero él la tomó de la cintura para susurrarle al oído:

—¿Qué me dices de ti, Flossie? ¿A qué se debe que tus bonitos ojos estén nublados por el sueño?

Se giró de nuevo hacia él con gesto triunfal.

—Se debe a que ya sé muchas cosas sobre el *hacker*.

—¡Ja! —se burló Anthony—. Déjame adivinar. ¿Habéis estado hasta altas horas de la madrugada charlando sobre vuestros gustos y aficiones?

—¡No solo eso! —protestó Flossie, muy ofendida y con las mejillas encendidas porque a eso habían dedicado gran parte de la noche—. Sé que reside en Berwickshire —dijo, alzando el mentón.

—Fabuloso, Flossie. Puede que también te haya dicho que vive algo aislado, ya que cuida de su madre enferma, para despertar tus simpatías. Y que lo siguiente que haga sea enviarte una ilustración de un modelo de alguna revista masculina en la que te asegure que se trata de él.

—No me importa que sea apuesto o no, Anthony —resopló, furiosa—. Desde luego, lo importante es que es mucho más amable que tú. Y, sobre todo, que puedo cuidarme sola. Ya he descubierto que ese hombre se encuentra muy lejos de aquí, en el norte.

—Y yo no me cansaré de decir que eres demasiado inocente. Ese *hacker* te está mintiendo y tú no tienes ni la más mínima idea de cómo averiguar la verdad. Pero se acabó el juego. Verás, yo...

La puerta, que Flossie había dejado medio cerrada, se abrió del todo para dejar paso al marqués de Wessex.

—¡Bale! Es espléndido que estés aquí, muchacho. Espléndido. —Se acercó a Anthony con unos pasos muy garbosos para su edad y corpulencia, o eso le parecía a Flossie siempre que veía a su padre. Golpeó al vizconde en el hombro en cuanto estuvo a su lado—. Menos mal que mi mayordomo ha tenido el acierto de comentarme tu visita. Tengo ciertas dudas sobre una inversión y sé que eres la persona adecuada para guiarme...

Rodeó ese mismo hombro que acababa de hacer crujir con su brazo fuerte, y no dio ninguna oportunidad a Anthony de negarse a ir con él.

—Enseguida estaremos contigo, querida —se despidió su padre por pura cortesía, sin apenas mirarla.

Lo último que vio Flossie en los ojos oscuros de Anthony, en cambio, fue la promesa implícita de que él sí regresaría.

Ella, por su parte, estaba cada vez más furiosa con Anthony. Era una joven madura e inteligente, ¿cómo no iba a ser capaz descubrir la forma en la que el señor B mentía o decía la verdad y demostrárselo al vizconde? Vaya si lo haría. Estaba decidida a ello.

Subió a su cuarto hecha un basilisco y se encontró con Dorothy, que estaba terminando sus labores. Le pareció una idea tan buena como cualquier otra consultarle a su doncella.

—Dorothy, ¿tienes idea de cómo descubrir la identidad de un *hacker*? —soltó a bocajarro.

Los rizos de Dorothy se balancearon por el brinco que dio al escuchar la voz de su señora a su espalda, y casi suelta el atizador con el que estaba removiendo las cenizas de la chimenea. La tomó tan desprevenida que tardó un poco en reaccionar.

—No, mi señora. Pero intentaré averiguar lo que pueda —dijo, mientras la estudiaba de arriba abajo, como si le hubieran salido dos cabezas

—Gracias, Dorothy. Avísame cualquier información que descubras, por

insignificante que te parezca.

Se hizo con su capa más abrigada y volvió a salir disparada de la habitación sin esperar una contestación. Cuando estaba así de inquieta, necesitaba caminar, y el frío viento de febrero sería perfecto para aclarar sus ideas. El jardín continuaba tan helado como el día anterior. Los brotes estaban paralizados en el tiempo, a la espera de una nueva primavera que los hiciera resurgir. Pero Flossie no prestaba atención a la fría belleza de los parterres, sino que tecleaba en el móvil en busca de una respuesta por parte de Google.

Escribió su deseo en la casilla de búsqueda, como si se tratase de una lámpara mágica: «¿Cómo descubrir a un hacker?». Unos cuatrocientos treinta mil resultados saltaron ante sus narices y tuvo ganas de llorar.

Inspiró hondo y se armó de paciencia. Doce páginas consultadas después, llegó a una conclusión que no admitía dudas: debía rastrear la dirección IP del escurridizo «R. B.».

«Bien», se dio ánimos antes de fruncir el ceño.

¿Qué era una dirección IP y cómo diantres se rastreaba?

Un rato después, la cabeza de Flossie estaba aún más aturullada que al principio. Al menos, había averiguado que la IP era una dirección que se asignaba a todo ordenador o dispositivo conectado a la red sin excepción, a través de la cual cada usuario estaba identificado en Internet de forma única. En ella hallaría todos los datos que necesitaba del señor B.

—Geolocalización. *Traceroute*. Script oculto... —Flossie intentaba retener las explicaciones que aparecían en un vídeo de YouTube a ritmo de música clásica, pero era imposible.

—¡Lady Florence! ¡Lady Florence!

La aludida levantó la cabeza a tiempo de ver a Dorothy acercarse con pasos apresurados por el sendero de los tulipanes. Una nubecilla blanca se escapaba de entre sus labios con cada respiración.

—Menos mal que la encuentro. Pensé que iba a perecer de frío antes de dar

con usted —jadeó, expulsando aún más vaho blanquecino al aire—. Su madre, lady Wessex, la está buscando para que la acompañe a unos recados.

Flossie trató de que su expresión no mostrase lo poco que le apetecía salir con su madre de tienda en tienda, ¡con todo lo que habían avanzado las compras por Internet! Sin embargo, era un destino ineludible.

—Está bien, Dorothy. Enseguida me reuniré con ella.

Iba a empezar su recorrido hacia la casa cuando la doncella la detuvo.

—Pregunté a los sirvientes acerca del interés que tenía en descubrir a un *hacker*, mi señora. Con suma discreción, por supuesto. Al parecer, los hijos de la cocinera son unos pilluelos que saben más de lo que deberían sobre ese mundo delictivo —dijo Dorothy con una mueca de reprobación—. Me han dicho que lo más sencillo es... es...

Flossie tenía ganas de sacudirla para que terminase de hablar. Sus instintos asesinos debieron de resultar evidentes para la mujer de mediana edad.

—Discúlpeme, señora. Pero no estoy familiarizada con ese lenguaje tan moderno y canallesco —se defendió Dorothy, muy digna. Luego se frotó la sien, como así le fuera más fácil recuperar la memoria—. ¡Oh, sí! Debe pedirle al *hacker* que le envíe un e-mail. Eso es. Y cito con palabras textuales: «La manera más sencilla de obtener la IP de un usuario es que te envíe un correo electrónico». Puedo seguir indagando sobre el asunto, lady Florence. Pero será mejor que anote todos los pasos que me indiquen para después transmitírselos a usted.

—¡Gracias, Dorothy!

Flossie no pudo reprimir el impulso de abrazar a la doncella, y echó a correr hacia la mansión para escribir al señor B. Allí se concentraría mejor. Una vez dentro, pensó en la manera más discreta de obtener lo que quería. Lo más natural era continuar con la conversación que mantenían.

Estimado señor B,

comprendo perfectamente su timidez a la hora de revelarme su identidad completa, no tiene que darme más explicaciones. Solo espero que el tiempo lo lleve a abrirse a mí. En cuanto a sus comentarios sobre la belleza de Berwickshire, ¿sería usted tan amable de enviarme unas cuantas fotos para hacerme una idea de las maravillas que contemplan sus ojos? Le ruego que lo haga a través de su correo electrónico, si no es demasiada molestia, para que las imágenes conserven toda la calidad que se merecen. A continuación le adjunto la dirección a la que puede hacerlas llegar.

Reciba un cálido saludo,

lady Florence Easter

No. No era tan sutil como había sonado en su cabeza, pero lo enviaría de todas formas.

Pulsó la tecla destinada a tal fin y luego fue a buscar a lady Wessex. Estaría pendiente del móvil cada segundo hasta que obtuviera una respuesta.

CAPÍTULO 8

Flossie era incapaz de dormir. Y todo por culpa de dos hombres. Lord Anthony Bale, sexto vizconde Bale, no dejaba de rondar sus pensamientos ni un instante desde que lo viera en la velada musical. ¿Por qué se había presentado en su casa esa mañana? ¿Y por qué había empezado a prestarle tanta atención? ¿Era solo una manera entretenida de pasar el tiempo para él o se preocupaba de verdad por sus derroteros en Internet? Y eso la llevaba al siguiente caballero en cuestión, el señor B, que no había contestado a su mensaje en Facebook ni le había enviado ningún correo. ¿Por qué tenían que ser tan caprichosos?

Flossie empezó a dar tantas vueltas otra vez en la cama que las sábanas terminaron siendo un revoltijo arrugado entre sus piernas. Cuando por fin había logrado ese estado nebuloso en el que la mente está a punto de dejar de lado su actividad febril para deslizarse hacia el sueño, el móvil emitió un zumbido.

«¿De verdad esto está ocurriendo otra vez?». Con un seco quejido, se incorporó y alcanzó el aparato que estaba empezando a detestar, a la espera de un nuevo ataque de Stella o cualquier otra catástrofe.

Sin embargo, se encontró con un breve wasap.



Flossie se apartó el pelo cobrizo de la cara sin creer las letras que desfilaban ante sus ojos. Acto seguido le llegó un audio y la voz susurrante y cálida de Anthony se derramó por el cuarto.

«Has leído mi wasap, así que estás despierta. Excelente. Doy gracias al cielo todos los días por Internet. No sé cómo podían apañárselas los hombres para hacer estas proezas en la época de nuestros padres. Si hubiera tirado unas piedrecitas al balcón de tu habitación para despertarte, seguro que habría roto todos los cristales y despertado a medio vecindario».

Flossie pulsó el micrófono.

—Anthony, ¿acaso estás loco? No puedes pretender entrar en mi dormitorio de madrugada.

El corazón, que latía aceleradísimo dentro del pecho, le decía que Anthony haría justamente eso. Y que no lo detendría.

«Vamos, Flossie. Abre la condenada puerta mientras trepo por la celosía. Mi parte es la más difícil, por si no te has dado cuenta. Te dije que no habíamos terminado la discusión».

—Supuse que aclararíamos las cosas a la luz del día. En un lugar respetable.

No obtuvo contestación ni vio el doble *check* marcado en verde, así que Anthony no había escuchado el mensaje.

Con un sonido mitad gruñido mitad suspiro, Flossie salió de la cama, se puso las zapatillas y metió los brazos en la bata blanca con ribetes de encaje

antes de dirigirse a la puerta acristalada de doble hoja. Abriendo una de ellas, tembló ante el gélido aire de febrero que aprovechó para colarse dentro de la mansión y asomó un poco la cabeza.

Apenas pudo distinguir la ágil figura de Anthony, que pasaba las piernas por encima de la barandilla de piedra, antes de que él la atrapase entre sus brazos y la llevase de vuelta a la habitación mientras cerraba la puerta del balcón de un puntapié.

—Mi intención no era que pescaras una pulmonía, renacuaja. —Vertió su aliento cálido en el oído de Flossie—. Gracias por dejarme pasar.

Flossie se dejó llevar por un momento y apoyó el rostro en su pecho. El aroma que desprendía Anthony la hacía sentir segura y extrañamente tensa a la vez.

—¿Para qué necesitabas verme con tanta urgencia? —preguntó, al fin—. Y de esta forma tan poco ortodoxa.

Él la soltó, para inmenso pesar de Flossie, que sintió frío de verdad, y se acercó a la enorme cama de madera. Con parsimonia, se sentó en una esquina, se desabrochó la levita y se recostó en una de las columnas, con los brazos apoyados detrás de la cabeza. Era la viva imagen de la relajación, oscura y tentadora. Un auténtico caradura con un encanto arrollador.

—¿Qué tal han ido las cosas con tu admirador *hacker*? ¿Has podido seguir hablando con él?

—¿No tenías otro sitio en el que sentarte? —Se escandalizó Flossie, antes de encaminarse en su dirección—. Mejor aún, no deberías sentarte en ningún sitio, sino marcharte por donde has venido. —Estiró los brazos para agarrar una de las muñecas de Anthony y tirar de él—. Y sí que he hablado con mi *hacker*.

No era cierto, no sabía nada de él desde hacía largas horas. ¿Para qué se molestaba en un intento absurdo de ponerlo celoso?

—Vaya. ¿Tu *hacker*? —fue su sorprendida reacción antes de tumbarla sobre el mullido colchón en un rápido movimiento, para después colocarse encima

de ella—. ¿Sabes lo que creo, Flossie? Que no me estás diciendo la verdad...

—¿Ah... no? —consiguió replicar ella, mientras sentía que la sangre le latía en los oídos y en un lugar entre sus piernas, donde el duro cuerpo de Anthony se apretaba contra su suavidad.

—No. Porque si yo fuera ese *hacker*, tuyo, entregado a ti, no me conformaría solo con hablar a través de una fría pantalla. —Anthony clavó los oscuros ojos en ella antes de pronunciar una frase que la hizo temblar—: Y es que hay cosas, Flossie, que solo se pueden hacer en persona...

Se apretó aún más contra ella, antes de seguir susurrando con voz ronca.

—Si yo fuera ese *hacker*... te llevaría hasta Gretna Green hoy mismo, mi bella tentadora, solo para probar tus dulces labios.

Aunque la boca de Anthony apenas la rozaba, la sintió sobre las mejillas, la mandíbula, la garganta... en un recorrido que no la dejaba pensar con claridad. Flossie le rodeó la nuca con las manos, hasta que la alarma la hizo tensarse.

Conocía esa frase... Y el segundo nombre de Anthony era Robert. Anthony Robert Bale. Las piezas encajaron con un suave clic en su mente. Las siglas «R.B.». La actitud entre esquiva y culpable de Mary. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Oh, Dios mío... ¿Tú eres el *hacker*? —lo acusó, completamente furiosa, mientras trataba de apartarlo.

Anthony no la dejó separarse de él y Flossie notó la sonrisa que dibujaban esos labios que la hipnotizaban sobre la delicada piel de su cuello.

—A su servicio, milady.

—¡Serás...! ¿Cómo te has atrevido a engañarme así?

Su tono enfadado lo hizo alzar la cabeza.

—Has sido muy astuta al tratar de obtener mi IP, renacuaja. En unos días, lo hubieras averiguado todo. —Se lo veía orgulloso mientras aferraba a Flossie por las muñecas para evitar sus puños, pero que ese orgullo estuviera dedicado a ella no consiguió apaciguarla.

—Por eso has confesado, ¿verdad? Porque estaba muy cerca de descubrirte. Has debido de reírte mucho a mi costa mientras me dabas lecciones acerca de cuidarme de hombres sin escrúpulos en Internet. ¡Cuando tú eres el peor de todos ellos!

—En realidad, no. Solo lo admitiré ante ti, pero estaba comenzando a sentir celos de mí mismo. ¿Por qué eres tan dulce con el señor B y tan dura conmigo?

—Márchate, Anthony —le exigió, con las lágrimas a punto de derramarse.

—Perdóname. —Flossie parpadeó para poder ver bien su rostro entre las sombras. Eran la voz y la expresión más serias que le hubiera visto jamás—. Perdóname por todo, Flossie, y déjame explicarme. Pero no me apartes de tu lado. No llores, por favor —rogó mientras le acariciaba con suavidad las muñecas por las que la había sujetado unos momentos antes y deslizaba sus labios sobre los párpados y mejillas de Flossie—. Ocultarte que yo era el *hacker* fue una estupidez, pero tenía miedo de tu reacción, ¿me crees?

Flossie no asintió ni negó nada, pero un torbellino de preguntas empezó a formarse en su cabeza mientras el vizconde volvía a esconder el rostro en el hueco de su garganta. Anthony había sido quien se había hecho con documentos comprometidos de la nobleza de forma ilegal por ella...

¿Por qué había hecho algo que podría acarrearle tantos problemas? ¿Por qué la estaba acariciando con tanta ternura en esos momentos? En su dormitorio, nada menos... Por mucho que Flossie hubiera sufrido a causa de sus flirteos con numerosas mujeres, estos habían sido bastante inocentes. Nunca había puesto en peligro su preciada soltería como estaba haciendo aquella noche. La acababa de comprometer de una manera bastante contundente al estar tendido sobre ella en la cama, en camisón. A la amiga más cercana de su hermana pequeña, ¡y bajo el propio techo de los marqueses de Wessex! ¿Tendría claro Anthony el desenlace más lógico al que lo iba a conducir su comportamiento? Y, más importante aún, ¿era lo que ella quería? ¿Podría aceptar sus disculpas?

La sensación única de estar entre sus brazos le dio la respuesta de inmediato. Pero necesitaba conocer lo que pasaba por la mente de Anthony.

—Anthony... ¿sabes lo que estás haciendo?

—Por fin lo sé —replicó al instante, con el rostro todavía hundido en su cuello—. Cuando vi ese enloquecedor *selfie* publicado, tuve la certeza de que cualquier hombre podría arrebatarte de mis manos y no puedo permitirlo. Además, renacuaja, yo siempre te protegeré. De todo.

Flossie era incapaz de pronunciar palabra. Anthony aprovechó el momento para deslizar la mano entre sus cuerpos. La movió con determinación, hasta que consiguió sacar el móvil del bolsillo del pantalón.

—Tengo tu foto de fondo de pantalla porque me tiene hipnotizado, pequeña. Pero no es la única que tengo en mi galería... —Desbloqueó el teléfono y se lo tendió—. Así entenderás por qué salí corriendo bastante avergonzado del cuarto de los Albright cuando te apoderaste de mi móvil.

La joven accedió a la galería con dedos temblorosos y, en efecto, encontró más fotos de ella. Muchas más. En cientos de posturas distintas y con mil expresiones diferentes. Flossie aparecía en bailes, en la Ópera, en el jardín de los Bale... La última imagen era de su rostro girado mientras hablaba con Mary hacía apenas unas horas en la sala de música de los Albright. Como si Anthony hubiera querido capturar cada vivencia que había compartido con ella, incluso en la distancia... desde mucho tiempo atrás.

—¿Sabes que la imagen que veré siempre que cierre los ojos será la tuya en este instante? —Flossie hizo a un lado el móvil para concentrarse únicamente en él y en su electrizante confesión—. Tan prohibida y exquisita... Tumbada sobre la cama, con tu precioso pelo suelto y desaliñado, y ese brillo entre verde y dorado que me desarma mientras me miras.

—Tony... —Enredó los dedos en sus cabellos oscuros y lo hizo suspirar.

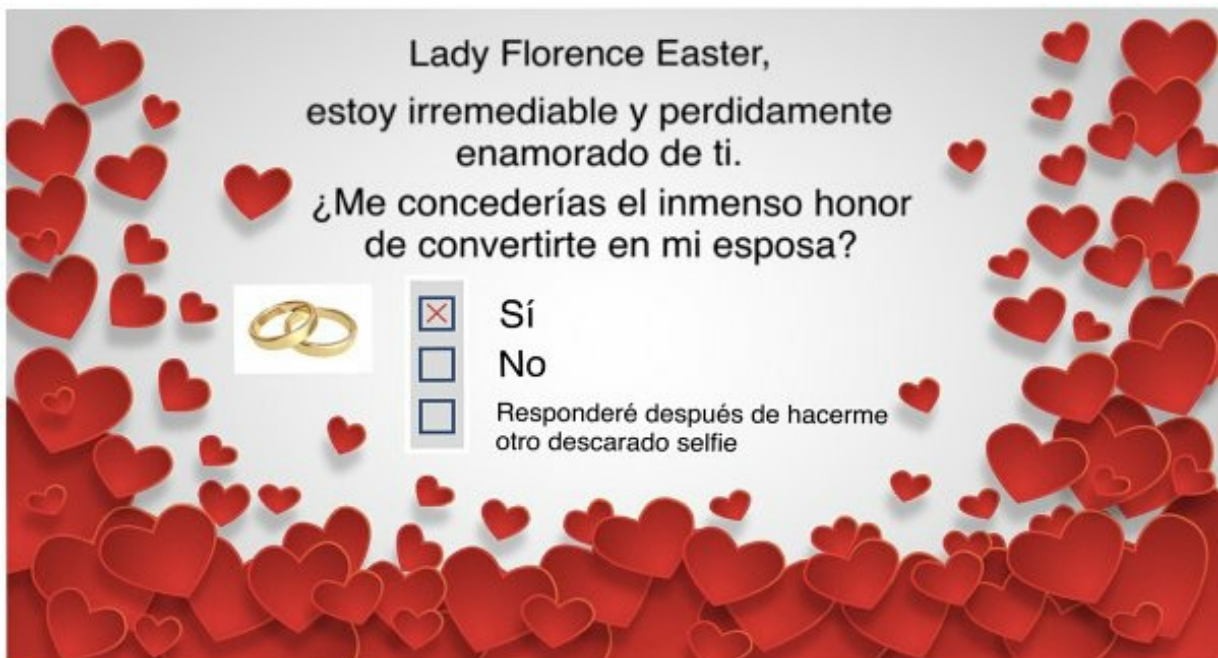
—Eres una experta en desbaratar planes, pequeña. Ahora solo puedo pensar en abrazarte, en adorarte... —Apoyó su frente contra la de Flossie—. Pero tendré que esperar un poco más. Llevo dos días intentando llevar a

cabo un claro propósito, y juro que lo haré en este mismo instante.

Se apartó un poco, pese a la delicada protesta de Flossie, y recuperó el teléfono. Movi6 el pulgar con rapidez hasta encontrar lo que parecía andar buscando y se lo ofreció una vez más con una mueca entre confiada y cohibida.

—Me parecía bastante apropiado cuando lo ideé...

Flossie apartó sus ojos a duras penas de los de Anthony y se topó con la imagen.



—Espero que sepas perdonar mi esperanzada osadía al atreverme a marcar una de las casillas.

Flossie se quedó mirando la pantalla del teléfono lo que parecieron horas. Debía de estar soñando.

Era del todo imposible que lord Anthony Bale, el hombre cuya sola mirada bastaba para hacerla sentir en una nube y luego empujarla a caer en picado al duro suelo, hubiera declarado que la amaba y que le pidiera matrimonio.

Pestañeó un par de veces.

Con una imagen de Internet repleta de corazones.

Se incorporó del colchón y lo abrazó con fuerza. Sentía cómo las lágrimas

le humedecían el rostro.

—Todo este tiempo pensé que no sentías nada por mí, que solo me veías como una niña. Y que yo era una tonta por quererte.

Anthony la apretó aún más fuerte contra su duro pecho y Flossie sintió cómo enterraba la nariz en sus cabellos.

—¿Me quieres de verdad, Flossie? Hasta ahora solo me atrevía a soñarlo mientras admiraba tu inteligencia, tu belleza. Tu alma. Al principio me sentía culpable por albergar esos sentimientos cuando se suponía que debía verte como la amiga de mi hermana pequeña, igual que lo hacía en el pasado. Pero creciste. —Su voz sonaba ronca y apasionada—. Hasta convertirte en una mujer que me robó la cordura...

—He intentado evitarlo, Anthony. Pero no sabía no quererte...

—No dejes de hacerlo. Nunca.

Esta vez la aferró por los hombros para perforarla con sus ojos oscuros.

Flossie tenía la garganta tan comprimida que solo fue capaz de asentir, y Anthony esbozó una tierna sonrisa, que se amplió hasta adquirir un brillo pícaro.

—Entonces, mi amor, déjame robarte ese beso antes de llevarte a Gretna Green. Llevo demasiado tiempo esperándolo.

Le apartó un rizo de la mejilla con ternura y ahueco sus grandes manos sobre su rostro para irse acercando a ella poco a poco, hasta que Flossie sintió la presión de sus labios en una caricia dulce y ardiente.

—Sabía que serías tan deliciosa como prometía esa boquita fruncida — bromeó Anthony, mientras la contemplaba con ternura y deseo, para volver a besarla de forma mucho más profunda. Tanto que Flossie sintió cómo su cabeza daba vueltas. La había recostado otra vez contra la cama y su dureza, encajada en la joven, le provocaba un intenso placer, a la par que sus lenguas se encontraban. Nunca antes había besado de esa manera, pero le gustaba. Demasiado, quizá, porque tenía la sensación de que jamás podría soltarse de Anthony.

—Será mejor que nos detengamos o celebraremos la noche de bodas antes que la ceremonia. —La voz del vizconde solo podía definirse como un jadeo hasta que consiguió adoptar un tono más normal—. Ten preparado algo de equipaje mañana a primera hora. Y no te olvides del cargador de tu móvil, mi lady Smartphone. El camino hasta Escocia es largo y sé cuánto detestarías quedarte sin batería.

Flossie no pudo evitar corresponderle la sonrisa, con la respiración acelerada también y sin asimilar del todo que pronto sería su mujer. ¡Las cosas habían sucedido tan deprisa en cuestión de un día!

—¿Eres consciente de que mi padre no permitirá que nos fuguemos a Gretna Green así como así?

—¿Y tú de que te raptaré si es necesario? —Le besó la punta de la nariz y se levantó—. Descansa para mañana, mi amor.

Su alta silueta ya se estaba alejando hacia el balcón, y Flossie no se había movido de donde él la había tumbado, con una sonrisa maliciosa al pensar en que se iban a cumplir los venenosos *hashtags* de Stella sobre casarte en Gretna Green, cuando Anthony se paró en seco.

—No puedo irme y dejarte así. Soy más granuja que caballero, al fin y al cabo.

En dos zancadas estuvo encima de ella, besándola sin tregua. Flossie perdió la noción del tiempo, del espacio. De cualquier cosa que no fuera Tony. Ni siquiera se percató de que ya no tenía la bata atada en la cintura, sino que estaba abierta para que los dedos exploradores del vizconde recorrieran el escote del camisón y los pliegues de seda que se formaban en las curvas de su cuerpo.

La incursión se tornó más audaz cuando las manos de Anthony, algo ásperas por usar las riendas de su montura sin guantes, se colaron por debajo de la tela. El contacto sobre sus pechos desnudos la hizo estremecer y bajar las manos, que tenía apoyadas en sus anchos hombros, hasta las muñecas masculinas. Pero no lo apartó de su lado.

Se miraron a los ojos en la luz plateada de la luna que se colaba dentro del cuarto.

—Para mí ya eres mi esposa. Pero esperaré a que hayamos intercambiado los anillos para hacer el amor. Aunque eso me haga perecer en el intento. — Flossie lo contemplaba sin comprender, lo que provocó una tierna sonrisa en Anthony—. Mi bella inocente. En estos tres días de camino hasta Escocia me dolerá el cuerpo al sentirse vacío por no tenerte. Por suerte, mi corazón estará lleno a rebosar para compensar.

Volvió a besarla con delicadeza.

—Sin embargo, hay algo a lo que me niego a renunciar, si tú me lo permites. ¿Me dejarás complacerte, Flossie? ¿Complacernos a los dos?

Flossie tragó saliva. Aturdida, conquistada y excitada con todo lo que hacía Anthony. Después asintió; ella ya le había entregado cada fibra de lo que era, también sentía que eran marido y mujer.

El vizconde no perdió un segundo en tomar a Flossie del trasero y arrastrarla al borde de la cama, con las piernas colgando del colchón. Acarició sus rodillas con suavidad y las empujó poco a poco hasta que tuvo suficiente espacio para arrodillarse entre ellas. A continuación, fue depositando besos muy ligeros que cosquilleaban por sus pantorrillas, las sensibles corvas y la cara interna de los muslos. Para cuando Anthony llegó a esa zona tan privada, Flossie era un mar de nervios y de temblores, y se sentía arder a pesar de que el camisón había ido subiendo a la vez que las caricias del vizconde, y había quedado desnuda hasta las caderas.

Iba a incorporarse, pero las manos fuertes de Tony se situaron justo sobre sus ingles y la dejaron anclada a la cama. Sobre todo, porque sus pulgares se dedicaban a rozar de arriba abajo su intimidad con una cadencia enloquecedora a la vez que la abría a él poco a poco. Cuando quiso darse cuenta, la lengua de su amor había descendido para humedecerla todavía más, y se había colado dentro de su cuerpo de una forma perversa y arrolladora que la hizo gemir y enredar los dedos en las sábanas.

Gritó su nombre como quien pide clemencia. Pero Anthony no dejó de devorarla hasta que Flossie arqueó la espalda cuando una explosión de placer consumió su cuerpo y luego se dejó caer exhausta sobre la cama. Por suerte, la habitación de sus padres estaba lo suficientemente lejos como para que no hubieran escuchado sus gritos de éxtasis.

Lo último que sintió Flossie, cuyos párpados parecían pesar toneladas, fue cómo Anthony la arropaba con cuidado y depositaba un beso de sabor desconocido en sus labios como despedida.

Sonrió ante la brillante mañana que la esperaba antes de quedarse dormida.

CAPÍTULO 9

En algún lugar del camino entre Londres y Gretna Green

—No puedo creer que me raptases de verdad —masculló una malhumorada Flossie. La forma en la que apoyaba su cabeza pelirroja sobre el hombro de Anthony dentro del carruaje del vizconde, con una mano descansando sobre su pecho, desmentía su actitud arisca.

—Y yo no puedo creer que el terco de tu padre se empeñara en retrasar la boda —fue la réplica que recibió, después de que Anthony depositara un beso en su sien—. Maldita acta matrimonial de 1753 que permite a los progenitores vetar el matrimonio de sus vástagos, y maldito ese tal lord Hardwicke que la ideó. Si no hubiera muerto hace unos cincuenta años, lo retaría a duelo.

A Flossie se le escapó una risita, contagiada por el tono de broma de Anthony.

—Solo por el hecho de ser una renacuaja de diecinueve años. Recuerda que, si tuviera veintiuno, no habría necesitado su permiso y no habríamos hecho esta escapada tan romántica.

—Te parece romántica a pesar de todo, ¿verdad? —se ufanó un sonriente Tony.

—Sí, en especial la forma en la que me «raptaste» por Whatsapp —bufó ella.

Esa misma mañana, nada más abandonar la mansión tras una acalorada discusión con el marqués de Wessex que Flossie había escuchado agazapada

tras la puerta del estudio de su padre, Anthony le había enviado un wasap.



Anthony se encogió de hombros, lo que provocó que la cabeza de Flossie se agitara un poco.

—Ya te dije que los wasaps me parecían un gran adelanto. Podría haber trepado de nuevo por tu balcón o haberte subido al carruaje cuando salieras a pasear, pero era bastante arriesgado a plena luz del día. —Colocó una mano bajo su barbilla y le dio un largo beso—. ¿Te preocupa haber dejado así a tus padres?

—No —negó Flossie. Y lo atrajo para un nuevo beso—. Se les pasará muy pronto. Ellos también te adoran.

Lo miró con una expresión en la que se leía con claridad «y no entiendo el porqué».

Anthony rio y la sentó sobre su regazo.

—Vamos a pasar unos días muy, muy entretenidos, mi preciosa descarada. Ya he perdido la cuenta de los azotes que te debo.

—Al menos, Mary se alegra de nuestro matrimonio —dijo con rapidez, para cambiar de tema.

Tenía tanto que explicarle a su amiga, además del escueto mensaje en el

que le contaba sus intenciones y las de Anthony.

—Mary es otra de las pocas personas que me adoran. Y tampoco sé bien el porqué —le tomó el pelo el vizconde.

Unieron sus bocas otro largo rato hasta que Flossie se separó con un brinco.

—¡Casi haces que me olvide de mirar los comentarios y estrellas de las posadas por las que pasaremos en TripAdvisor! No pienso detenerme en ninguna que tenga menos de cuatro estrellas, te lo advierto. No quiero ni oír hablar de goteras, posaderos desagradables, ventanas mal encajadas o... —Se estremeció—. Ratas.

—Pararemos donde tú quieras, mi amor. Estoy seguro de que sabrás escoger mejor que yo.

Flossie asintió, satisfecha, y alcanzó su móvil sin moverse del regazo de Anthony.

—Muy bien. Haremos las reservas ya. ¿Habitaciones separadas? —dijo como al descuido, solo para ver su reacción.

—Ni hablar —gruñó el vizconde, e introdujo una mano bajo el vestido de satén verde manzana que llevaba Flossie—. No voy a perderte de vista ni un instante. Y más vale que elijas una cama bien grande, Florence, para disfrutar de todo lo que pienso hacer contigo.

Todas las reservas fueron con cama de matrimonio.

CAPÍTULO 10

Gretna Green, Escocia

Flossie y Anthony atravesaron la frontera y llegaron a Gretna Green una soleada mañana de febrero. Algo sumamente extraño para la época y la zona en la que se encontraban. Como un magnífico augurio para el futuro que los aguardaba.

Era un pueblito encantador, o eso le pareció a la mujer locamente enamorada que era Flossie. El lugar lo conformaban unas cuantas casas y árboles dispersos, junto con la herrería donde se celebraría la ceremonia. Anthony no le había soltado la mano desde que descendieron del carruaje y tiró con suavidad de ella hacia el destartalado edificio.

—¿Lista, cariño?

Flossie asintió con la cabeza, ruborizada hasta las raíces del cabello al pensar en enfrentarse al hombre que oficiaría la ceremonia. No sabía cómo funcionaban exactamente las bodas clandestinas en Escocia, pero esperaba que dicho hombre no la hiciera confesarse, porque no sabría ni por dónde empezar a explicar todas las cosas deliciosas y prohibidas que había hecho con Anthony durante las noches de viaje. Era cierto que seguía siendo virgen en el sentido más literal de la palabra, pero de ahí a la inocencia que la había acompañado hasta la madrugada en la que Anthony se coló en su habitación había un océano de caricias, gemidos y actividades muy... húmedas. Se abanicó con la mano y Anthony la miró con los ojos brillantes.

—Me encantaría saber lo que estás pensando —le confió en tono bajo—. Es

una lástima que haya adquirido un compromiso previo con cierta hermosa dama de cabello cobrizo y no quiera hacerla esperar. Es temible cuando se enfada.

Con un guiño atrevido en su apuesto rostro que hizo detenerse a varias jovencitas que pasaban por su lado, aunque ni siquiera iba dirigido a ellas, cedió el paso a Flossie al interior de la herrería.

Lo que ocurrió dentro fue un torbellino de actividad metódica y acogedora, que dejaba claro la práctica que habían tenido los dueños con los cientos de bodas que se habían celebrado allí. En los escasos minutos que duró la ceremonia, no hubo espacio para los nervios de Flossie.

El herrero, un descomunal escocés que ejercía de cura, estaba acompañado por sus dos hijas en su papel de testigos. En lo que duró un parpadeo, les vendieron unos anillos a precio de oro y, junto al inmenso yunque que presidía la estancia, los ayudó a intercambiar los votos con su voz profunda y estentórea. La misma con la que los declaró marido y mujer con una sonrisa repleta de dientes destellantes.

Al salir al exterior, Anthony alzó a Flossie sin dejar de dar vueltas y más vueltas mientras la besaba, hasta que ambos acabaron mareados y sonrientes contra la pared de la herrería.

—Y... ¿ya está? —se asombró Flossie, con una mueca extrañada.

—Te amo, lady Bale —dijo riendo Anthony sobre sus labios.

—Y yo te amo a ti.

—Pero no. Aún no hemos acabado.

CAPÍTULO 11

—¿> *D*e verdad tenemos que pasar aquí nuestra muy esperada noche de bodas? —fue el lamento quejumbroso de Anthony—. Aunque, en realidad, dudo que pueda esperar hasta la noche, pero ya entiendes a lo que me refiero.

Flossie volvió a comprobar la captura de pantalla que había hecho de TripAdvisor.

Posada El gallo afónico, Dumfriesshire



2.031 opiniones



6 feb. – 7 feb.

1 2

—Sí, no hay duda. Esta es la dirección que tengo apuntada. Además, un lugar que se llame así es difícil de confundir.

Se metió en la página web solo para asegurarse antes de bajar del carruaje y dirigirse a la posada. Había hecho un corto trayecto de menos de treinta minutos desde la herrería donde se habían casado, pero Anthony se mostraba muy impaciente.

—Espero que el interior sea más prometedor que el nombre que se le debió de ocurrir al dueño en una noche de borrachera —masculló su marido (¡Su marido! Todavía tenía que acostumbrarse a esa feliz situación) con el ceño fruncido.

—Vamos, Anthony. Más del noventa por ciento de las opiniones son positivas. La comida que sirven es muy buena. ¡E incluso tiene un certificado de excelencia! —Movi6 el dedo por la pantalla para echar un

vistazo por encima a los comentarios.

—¿Ah, sí? —dijo Anthony, escéptico—. ¿Y por qué razón es tan excelente?

—Mmmm... Es el alojamiento más elegido por las parejas recién casada en Gretna Green. Al parecer... —Iba a continuar pero, cuando se dio cuenta de lo que estaba leyendo, notó cómo se le encendían las mejillas.

—¿Al parecer...? —la animó a continuar Tony, ya del todo alerta y muy interesado.

—Pues... pues comentan que las paredes son bastante gruesas, por lo que no se oye nada de lo que se esté haciendo dentro de las habitaciones. Y... y nada más llegar preparan un baño de bienvenida en una tina para dos...

—Suficiente —dijo Anthony—. Me has convencido.

La ayudó a apearse del carruaje con celeridad pasmosa y, en menos de lo que cantaba un gallo (que no estuviera afónico), los habían acomodado en un precioso cuarto con vistas a un río de intenso caudal.

Un par de mozos bastante fornidos subieron la pesada tina de latón, tal y como prometía su página web, y el buen humor volvió a Anthony como por ensalmo. Toda la habitación se llenó de un agradable vapor una vez que los jóvenes vertieron los cubos de agua caliente y, tras dejar un pequeño refrigerio en una mesa de madera al otro lado de la descomunal cama, se retiraron con discreción.

—Bueno, renacuaja. Para mi inmenso regocijo, la parte del baño para dos era cierta. Ahora nos toca comprobar que las paredes son muy gruesas...

Flossie sintió un agradable escalofrío que bajaba por su columna al escuchar el tono ronco de Anthony y ver la expresión de sus ojos oscuros mientras se desabrochaba el corbatín. Al que le fueron siguiendo el resto de las prendas con desesperante lentitud. Aunque ya había sentido y explorado su cuerpo desnudo, ese momento era diferente a cualquier otro que hubieran compartido. Iban a unirse por completo, a plena luz del día, como marido y mujer.

Se pasó la lengua por los labios a la vez que notaba un tirón en el vientre,

y los ojos de Anthony se encendieron aún más al hacerle una señal para que se acercara.

Lo hizo despacio, midiendo cada paso mientras se quitaba los guantes, hasta que los largos brazos de su marido la apretaron contra él.

—Déjame ayudarte, mi amor, no podemos dejar que el agua se enfríe.

Sin esperar una respuesta, la giró y empezó a desabrochar los pequeños botones de su vestido color marfil, cuyo corte estilo imperio envolvía estrechamente sus sensibles pechos, para descubrir sus hombros. La elegante tela emitía unos reflejos que favorecían su piel llena de diminutas pecas.

—Sé que te lo he repetido mil veces —dijo Anthony contra su nuca, a la que tenía libre acceso ya que no se había deshecho el complicado recogido—, pero creo que todavía no tienes ni idea de lo deslumbrante que estás hoy. Esta mañana pensé que no podría volver a respirar al ver a mi futura novia. A mi esposa...

Le bajó el vestido conforme hablaba, acariciándola desde los hombros hasta el trasero, donde se entretuvo un rato antes de volver a subir y tomar sus pechos desde atrás. Los sospesó delicadamente y tomó con cuidado los pezones entre las yemas de los dedos, antes de apretar un poco y hacerla gemir.

—Anthony, yo también quiero tocarte —protestó Flossie, con la piel hirviendo al sentir su dureza encajada contra ella.

—Sus deseos son órdenes, milady —murmuró, a la vez que los labios tiernos deslizaban por su cuello.

La tomó de la mano y se introdujo primero en el agua aromática, para después ayudarla a entrar. Aunque había espacio de sobra para los dos, la sentó sobre su regazo, frente a frente. Con los muslos abiertos y apoyados contra las caderas de su marido, la caricia del agua sobre su sexo fue casi demasiado para Flossie, que soltó un ronco jadeo sobre los labios de Anthony.

—Shhh, tranquila, mi amor. Llevo esperando esto demasiado tiempo —la arrulló con dulzura. Entonces empezó a frotar cada centímetro de su cuerpo, como un atento marido que baña a su esposa, pero sus dedos vagaban continuamente hasta el húmedo núcleo entre sus piernas. Flossie se agitaba y emitía suaves quejidos con cada incursión a su interior. Sus propias palmas erraban por el musculo cuerpo de Anthony, extendiendo gotas de sudor y de humedad sobre la piel oscura y tirante. Cuando ninguno de los dos pudo soportar más la sensual tortura, Anthony hizo que Flossie le rodease el cuello con los brazos y se introdujo en ella. Estaba tan preparada que sintió un rayo de placer que la atravesaba de arriba abajo, y su grito se unió al del vizconde mientras este guiaba sus caderas hasta lograr una cadencia que los llevó a un demoledor orgasmo y llenó el suelo del cuarto de agua derramada.

Cuando recuperaron el ritmo normal de sus pulsaciones, Anthony besó a Flossie antes de sacarla de la tina, secarla con cuidado y llevarla a la enorme cama.

—No voy a dejar de hacerte el amor así caigan las cuatro paredes con nuestros gritos.

Y Flossie estuvo de acuerdo, pero no pudo evitar dirigirle una de sus miradas de pilla.

—¿Será por eso que este lugar se llama El gallo afónico? ¿Porque algunos gallos no pueden evitar demostrar cuánto cacarean?

No le dio tiempo a reírse demasiado antes de que Anthony la hiciera olvidarse de cualquier cosa que no fueran ellos dos.

EPÍLOGO

De vuelta en Londres...

Nadie de la alta sociedad londinense podría haber imaginado que lady Florence Easter, la respetable hija de los marqueses de Wessex, se atrevería a protagonizar un nuevo escándalo tras los famosos *selfies* que circularon por toda la ciudad durante varios días, y de los que *le bon ton* hablaba en voz baja entre los más allegados por miedo a las represalias de un temible *hacker*.

Sin embargo, la huida y posterior boda de lady Florence y el sexto vizconde Bale en un pequeño e idílico pueblo de la frontera escocesa arrancó más suspiros de envidia que susurros de crítica.

La pareja se veía radiante de dicha allá donde iban, y su enamorado esposo no perdía ninguna oportunidad de sacarle una fotografía o una sonrisa por igual, con el ingenioso encanto que lo caracterizaba.

Muchas de las jóvenes debutantes comenzaron a hacerse *selfies* poniendo morritos y a subirlas a las redes sociales, en un claro intento por conseguir popularidad en Internet y hacerse con un marido tan deseable y atractivo como el vizconde Bale...

El cual soltó una incontenible carcajada al leer semejante noticia en un periódico *online*.

—Por amor de Dios, Flossie, tienes que ver esto —animó a su esposa mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos en el salón de su casa—. Has creado tendencia entre las damas casaderas, mi bella lady Smartphone.

La aludida apretó unas cuantas teclas de su móvil y se sentó sobre su marido para darle un beso, ajena por completo a los rumores que circulaban sobre ella. La felicidad que sentía en cada átomo de su ser era demasiado grande como para preocuparse por nada más.

—¿Qué estabas haciendo, mi amor? —preguntó Anthony al cabo de un buen rato.

—Actualizaba mi perfil de Facebook —sonrió contra sus labios, antes de enseñarle cómo había quedado con su foto favorita de todas, una que jamás pensó que tendría guardada en su teléfono y en su corazón.



Lady Bale (Flossie)

- Publicar
- Editar perfil
- Registro de actividad
- Más

- Vive en Londres London
- Casada con Lord Anthony Bale, vizconde Bale
- De Londres
- Le siguen 132 personas

- Información
- Fotos
- Amigos

FIN

NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

El relato original de «Lady Smartphone» surgió como un pequeño aguacero de verano, la época en la que lo escribí. Fue una idea repentina, fresca, algo alocada y que me proporcionó muchos ratos de diversión mientras trataba de unir ideas que parecían no tener nada en común. ¡¿Cómo iba una dama de la Regencia a usar un teléfono móvil?! Sin embargo, resultaron complementarse a la perfección para dar lugar a una historia diferente y en la que pretendí que primaran el humor y el amor.

La maravillosa sorpresa llegó muy poco después de colgar mi relato en el blog «A merced de las musas», y fue de la mano de mis queridas Lola y Rocío, que me propusieron una gran aventura: ¿por qué no continuar? ¿Por qué no convertir esas pocas páginas en una novela? ¿O en más? Yo acepté ese reto, que me asustaba y me encantaba a la vez, llena de ilusión. Todavía no puedo creer que ya se hayan publicado tres libros de la serie Tecléame «Te quiero» y que haya más en camino.

Y eso me lleva a daros las gracias a todos. Un gracias inmenso.

A los que leísteis y disfrutasteis con el relato original.

A Lola y a Rocío, por impulsarme.

A Eugenia, por hacer que siempre sea mejor.

A Virginia, por conocer lo que existe en cada renglón y fuera de ellos.

A los que me animáis a seguir escribiendo con vuestras palabras de cariño.

A los que, como yo, os enamoráis de highlanders, vaqueros o nobles... rodeados de tecnología.

Gracias por creer que, en la literatura, todo es posible.

PRÓXIMAMENTE, EL LIBRO IV DE TECLÉAME «TE QUIERO»...

UN LORD CON WIFI

Isabel Jenner

*E*n un Hampshire del siglo XIX...

El carruaje avanzaba a trompicones por el camino enlodado. No había dejado de diluviar desde que lady Mary Bale, hermana del sexto vizconde Bale, abandonase Londres. Aunque «ser desterrada» le parecía un término mucho más apropiado para su situación.

Se encontraban en plena temporada social cuando saltó el escándalo de la boda clandestina entre su hermano, el vizconde, y Flossie Easter, su mejor amiga desde la infancia. A pesar de ser un viaje organizado en contra de su voluntad, la madre de Mary había decidido que lo más conveniente para su casta hija era refugiarse en Hampshire hasta que las aguas se calmasen. Más concretamente, en la pequeña casita de campo de su tía abuela Louisa. Y allí estaba ella. Temblando de frío en el gélido mes de febrero y rodeada por la negrura más absoluta. En dirección a una negrura aún mayor.

—Flossie, ya puedes pedir clemencia cuando regrese a Londres. Y avisa a mi hermano de que con él tendré todavía menos piedad que contigo. ¡Si estoy en este paraje olvidado de la mano del Señor es por vuestra culpa!

Soltó el micrófono del teléfono para que se enviase el audio pero, para su frustración, un relojito no paraba de dar vueltas sin mandar su mensaje.

Mary fue entonces consciente por completo de que se hallaba en medio de

la nada. Sin datos. Sin cobertura. Y, lo peor de todo, sin una sola red wifi a la que poder conectarse...

Si te ha gustado

Lady Smartphone

te recomendamos comenzar a leer

Corazones de sangre y ceniza

de *Matías Zitterkopf*



1. Verena

*P*asos apresurados, el taco golpeando el suelo. Agitación y el corazón saltando en su pecho para arremeter contra la caja torácica como un ave que quiere escapar de su jaula, peleando fuerte con sus alas y sus ganas contra las barras que lo mantienen prisionero. Atravesó el patio de piedra en un abrir y cerrar de ojos para perderse en el bosque que se extendía interminablemente tras la casona. No le importó que, a medida que corría vertiendo lágrimas, su vestido de boda se rasgara con las espinas ocultas entre la maleza. Se había visto tan bonito antes frente al espejo con sus tantas capas de tul y encaje en las mangas, con las pequeñas estrellas de piedras preciosas bordadas en su velo que ahora llevaba descubierto. Sus padres se habían salido con la suya y siempre daban esas lecciones tan duras, pero esto lo había superado todo. No se quitaría nunca de la mente los ojos estáticos de Milton y la chispa azul apagada en ellos más su boca entreabierta, dejando que flotara invisible esa palabra que no pudo decir antes del impacto de luz oscura. Pensó en sus suegros que eran ya ancianos, morirían de un ataque al enterarse que su único hijo había muerto.

Por más que lo intentó no pudo quitar de su mente la mancha escarlata en su pecho formando una tela de araña. Esa era la firma de Romilda Stain, porque ya no le podía decir madre a esa mujer, con eso había cortado todo lazo por más débil que antes fuera. No podía sentir afecto por semejante bestia desalmada. De su padre no tenía nada que pensar pues ya sabía de lo que era capaz, pero ella... Era madre y mujer. ¿Cómo había podido? Todo por esa estupidez de mantener pura la sangre mágica. Todo por no querer seguir el ejemplo de Gloriana Mistwood y su esposo Jack Locket quien no

poseía magia alguna. Y, sin embargo, tenía el don de diseñar preciosos edificios y estructuras como la mansión sobre la colina. Milton era así, mágico a su modo.

Luego de que las ramas de los árboles se abrieran como brazos que le daban la bienvenida, llegó a un claro donde una lechuza ululaba tranquila hasta que la vio a ella y se quedó en completo silencio. Sus ojos eran redondos y amarillos y su cabecita se escondía en su plumaje.

Verena gritó desde lo más profundo de su alma rasgada, se quitó el velo adornado y lo arrojó lejos prendiéndolo fuego solo con el pensamiento. Y con una mano deshizo el maquillaje manchándose la cara. En ese momento pudo sentir el quiebre en su corazón, o más bien el sonido de una capa de hielo que se formaba alrededor de él para endurecerlo. La corona de flores amarillas en su cabeza, que fue lo único que quedó de su bonito tocado, comenzó a marchitarse y se volvió negra y unas cuantas mariposas oscuras salieron aleteando desde la profundidad del bosque y se mezclaron con la horrenda corona. Había un resplandor entre los árboles, una luz violeta que se acercaba y... ¿perros? Podía oír el ladrido de perros y el sonar de unas cadenas. Una mujer que levitaba se presentó ante ella, saliendo de entre los árboles. Era de una belleza inmensa y exótica y llevaba un vestido rojo ajustado a su cuerpo. Su cabello era negro y caía ondulado sobre sus hombros.

—¿Quién eres? ¡No te acerques o te mataré! Ya he tenido suficiente hoy. ¿Te enviaron mis padres? —dijo Verena sin mucha convicción, y se escondió tras un árbol sacando la cara para observar lo que hacía la mujer. Ella solo se limitó a soltar una carcajada divertida que fue tan fuerte que los murciélagos abandonaron las copas de los árboles y volaron hacia la luna redonda.

—Me llamo Hécate, querida, y tengo un mundo que mostrarte. Uno en el que ya no sufrirás y nadie hará contigo lo que quiera, uno en el que serás poderosa y llegarán a temerte. Eso si estás dispuesta a dejar atrás las

lágrimas y las cosas del amor —explicó ella y sus dos perros negros se sentaron sobre sus patas para observarla con atención.

La muchacha salió de detrás del árbol y caminó hacia la mujer como si ese fuera el único camino que tenía para seguir. Atrás quedaron su humanidad, su belleza y sueños rotos. En el pasado quedaron las caricias de Milton y sus ojos buenos. Atrás quedó la niña que había sido, la estúpida que lloraba. Atrás quedó todo y Verena se convirtió en alguien que existía en los cuentos de niños, y no en las historias bonitas precisamente.

Seis meses sin ella y cómo se hacía sentir en los silencios nocturnos y en los rincones oscuros de la casa. El tiempo pasaba rápido y las hojas amarillas seguían cayendo. Pero en la casa se había apagado una chispa. Recordó el nombre de su abuela escrito con marcador negro sobre la lámpara de luz naranja que subió hasta el cielo para jugar entre las nubes. Suspiró mirando el lago azul y el vapor que desprendía temprano por la mañana y se reprochó haber sido tan duro con ella en ocasiones. ¿Qué sabía él de su propio sufrimiento? Torció la cabeza a un lado y sus ojos buscaron el gran roble que antes lo ocupaba todo, pero era otra de las cosas que se había ido. La colina también se sentía vacía.

—Ari... Aquí estabas... —dijo su dulce voz, y todo lo malo se alejó volviendo a dejar la luz pasar. Una sonrisa se pintó en sus labios al ver a Noah con el pelo dorado y revuelto luego de dormir. Estaba envuelto en una manta verde con dibujos de ovejitas. Se acercó despacio, subiendo con cuidado los escalones de la glorieta que su abuelo Jack una vez construyó. Abrió la manta, se sentó en su regazo y los envolvió a ambos con ella.

—Como de costumbre parece que te desperté temprano otra vez. Me parece que vamos a tener que pensar en preparar una habitación para ti, así duermes tranquilo —comentó dejando un besito en el cuello de Noah que se

estremeció en sus brazos y el otro negó con la cabeza. Siempre olía delicioso.

—Me niego rotundamente, Ari. Además, no puedo dormir todo el tiempo. Es lindo levantarse temprano y aprovechar el día.

—Eso es cierto...

—Estás triste, ¿verdad? Se hace extrañar mucho esa vieja bruja... — comentó el rubio sonriendo y mirando el cielo azul y Ari lo apretó contra su cuerpo. Su cabeza descansó en su hombro y empezó a mecerlo como si fuera un bebé.

—Sí. Pero estoy seguro de que ella anda bailando por ahí con Serena y se están divirtiendo a lo grande.

—Realmente puedo imaginarlo. —La mano de Noah subió hasta su cabello y comenzó a jugar con él, como solía hacer siempre que lograban esa cercanía e intimidad—. Se me ocurrió algo. No sé qué te parezca, pero sería una forma de honrar a Gloriana. Al menos eso creo; siento que le gustaría.

—Dime. ¿Qué se te ocurrió? —dijo algo intrigado y miró a Noah a los ojos.

—Bueno, pensé que como a mí me costó aprender magia sin ayuda de mis padres y tu abuela te enseñó a ti desde pequeño, podemos hacer eso con los niños brujos de Colina Sombria. Y, si bien nuestra comunidad es abierta, de seguro hay chicos con dones especiales que no pueden decir lo que son y aquí se sentirían bien. Podemos abrir la mansión, que tenga vida, no sé. Se me ocurre también una mascarada a forma de homenaje —explicó y se mordió su labio esperando una respuesta y Ari no pudo evitar sonreír de la forma más bella e inmensa.

—Me parece fantástico, Noah. ¿Sabes por qué no necesito una varita para hacer hechizos? Porque tú eres una cosita hermosa realmente capaz de producir magia —comentó y buscó su boca para darle un tierno beso y allí se quedaron un rato más, viendo el amanecer sobre el lago mientras los tibios rayos de sol tocaban la colina.

**Una escandalosa fotografía. Una dama en apuros.
Y el hombre que menos se esperaba, dispuesto a
salvarla
de las garras de Internet en pleno siglo XIX.**



Flossie Easter es una joven dama londinense que disfruta de los placeres propios de su edad a través de las nuevas tecnologías. Lo que nunca habría imaginado es que un comprometedor selfie conseguirá que su ordenado mundo cambie en un solo día, y que el caballero del que una vez estuvo profundamente enamorada vuelva a aparecer a su lado.

Lady Smartphon es la versión revisada y ampliada, con nuevas sorpresas para los lectores, del relato con el mismo nombre que la autora publicó en Internet y que tras el apabullante éxito obtenido dio comienzo a la serie «Tecléame te quiero».

Todas las novelas de la serie pueden leerse y disfrutarse de forma independiente.

Isabel Jenner nació en Madrid en el verano de 1986. Enamorada de las letras y de países lejanos, se licenció en Traducción e Interpretación y en Estudios de Asia Oriental, con especialidad en Japón. Gracias a una beca, pudo cumplir su sueño de vivir en Tokio, aunque no desarrolló todas sus habilidades ninja por el bien de la humanidad. Los libros son su transporte favorito a la emoción y a la aventura, y cree que las palabras no están hechas de tinta, sino de pura magia. Su primera novela, *Oriente en tus ojos*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2018, Isabel Jenner

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-001-1

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

LADY SMARTPHONE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

EPÍLOGO

NOTA DE LA AUTORA Y AGRADECIMIENTOS

PRÓXIMAMENTE

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE ISABEL JENNER

CRÉDITOS